MORDISCOS DE UN SER INVISIBLE

Armando José Sequera



Biblioteca Básica Infantil y Juvenil

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Biblioteca Básica Infantil y Juvenil

MORDISCOS DE UN SER INVISIBLE

Armando José Sequera

MORDISCOS DE UN SER INVISIBLE

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Mordiscos de un ser invisible
© Armando José Sequera

Edición
Coral Pérez

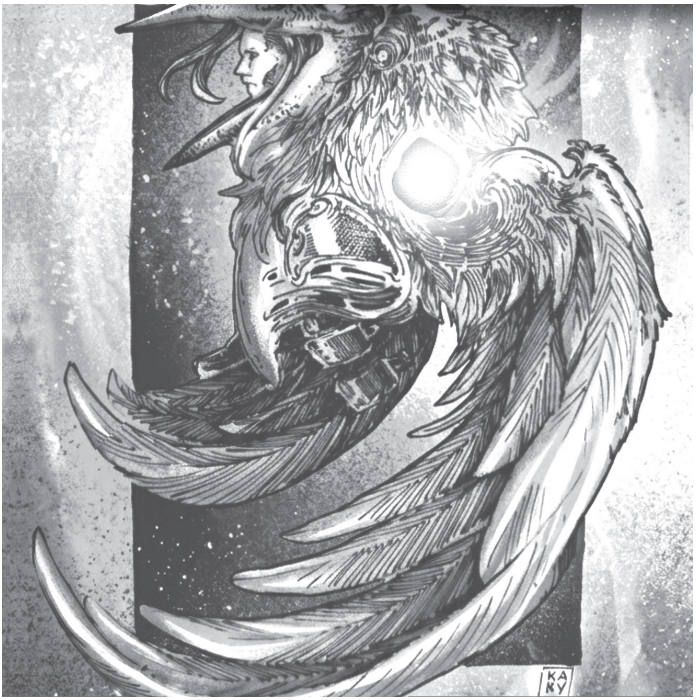
Montaje de portada
Rogny Sotillo

Ilustración de portada
Kharem Paredes, @karycarmona.art

Diagramación
Ennio Tucci

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

hecho el depósito de ley
depósito legal: DC20260011886
isbn: 978-980-01-2709-4


KA
KY

EL SACRIFICADO DE ESTA NOCHE

En una de las laderas del volcán Concepción, en Nicaragua, unos seres etéreos participan en una ceremonia a la luz de la luna. Un hombre llamado Ramón López los observa, sin saber que, del modo más terrible lo harán integrarse al rito.

El lago Cocibolca, en Nicaragua, es el segundo más extenso de América Latina, con 8.624 km², y sirve de hábitat a varios tipos de escualos que se han adaptado a la vida en agua dulce, entre ellos, el tiburón toro (*Carcharhinus leucas*).

Como saben aquellos que residen en la zona, el tiburón toro es una de las tres especies de tiburón que mayormente atacan a los seres humanos. Comparte el podio de la peligrosidad con los dos escualos más agresivos del mundo: el gran blanco (*Carcharodon carcharias*) y el tiburón tigre (*Galeocerdo cuvier*).

El hábitat de los dos últimos es el mar, especialmente en las zonas costeras no muy profundas. La amenaza del tiburón toro no sólo radica en su comportamiento agresivo, sino también en su capacidad para entrar en los ríos, a través de las desembocaduras de estos, y estar capacitado físicamente para vivir tanto en aguas saladas como dulces.

En el interior del lago Cocibolca hay dos islas grandes –Zapatera y Ometepe–. También el archipiélago de Solentiname, hogar durante muchos años del poeta Ernesto

Cardenal, que consta de 36 islas e islotes de diversos tamaños, además de, aproximadamente, otras 400 isletas.

Ometepe es la única isla, en todo el planeta, que posee dos volcanes: el Maderas y el Concepción.

El Concepción tiene el que, según los vulcanólogos, es uno de los conos volcánicos más perfectos del mundo. Habitualmente está en calma, pero de vez en cuando se activa y produce lo que los habitantes de Ometepe llaman estornudos del volcán, esto es, grandes y densas columnas de humo que parecen más peligrosas de lo que en verdad son.

En la amplia base del Concepción y en su ladera oriental hay una zona boscosa, con pozos y caídas de agua, habitada por venados, tres tipos distintos de monos y varias especies de aves.

Es aquí donde se desarrolla esta crónica.

DE CACERÍA, BAJO LA LUNA LLENA

A mediados de 2004, uno de los habitantes de Ometepe llamado Ramón López fue de cacería por las faldas del volcán Concepción.

Eligió la fecha por haber luna llena esa noche.

Era la primera vez que podía darse ese gusto, ir de cacería una noche elegida de antemano. Se había divorciado meses antes y, durante los cuatro años que estuvo casado, nunca pudo hacerlo.

López salió de casa, en su caballo, a las diecinueve y media, armado con un rifle calibre 22. No fue en su *jeep*, porque –según pensaba–, el recorrido en caballo acrecentaba el ya agradable sabor de la aventura.

Su propósito era cazar un venado, un conejo o cualquiera de los mamíferos comestibles propios de la zona.

Subió por la ladera oriental, hasta donde la vegetación llega a su cota más elevada. Allí, por las noches, se reúnen muchos venados a pastar.

Ramón dejó el caballo en un lugar plano y ascendió a pie durante un rato. Llegó a su destino antes de las nueve y se ocultó entre unos arbustos.

Por fortuna, pensó, había llevado chaqueta. Una brisa fría y constante hacía descender la temperatura.

Gracias a la luna llena la visibilidad era excelente. Sin embargo, de vez en cuando, alargados nubarrones la envolvían por segundos y hasta minutos, oscureciendo por completo el entorno.

Transcurrieron poco más de dos horas.

Durante este lapso, Ramón alternó dos posiciones para evitar que se le entumecieran las piernas: un rato se mantenía en cuclillas y otro arrodillado. No se sentaba porque las hierbas le impedían mirar a su alrededor, ni se erguía para no espantar las posibles presas.

FIGURAS FLOTANTES

Cerca de la medianoche arribó un grupo de más de 25 personas. Iban provistas de candelabros y seis de ellas transportaban un ataúd.

Se comunicaban con palabras extrañas, desconocidas para él.

Sabía que no se trataba de un idioma de uso habitual en el mundo –español, inglés, francés, italiano, portugués, alemán, chino o japonés–, porque, aunque no hablaba ninguno de ellos, en los cuatro años que trabajó en un hotel turístico de la ciudad de Granada, se acostumbró al parloteo de los huéspedes en esas lenguas.

Pero no fue esto lo que más llamó la atención de Ramón, sino que las llamas de los candelabros se mantenían inmóviles, pese a que no estaban protegidas y la brisa se mantenía fuerte en el lugar.

Minutos después, al asombro previo lo sucedió el miedo: ninguno de los recién llegados tenía cuerpo. Lo que daba la impresión de serlo era una figura abrillantada con apariencia humana, pero desprovista de brazos y piernas, que flotaba a unos veinte centímetros del suelo.

El grupo se detuvo en un claro, a unos cuarenta metros de donde se hallaba Ramón.

Sin dejar de proferir las extrañas palabras, quienes portaban el féretro lo dejaron sobre la tierra.

Ramón no vio qué hicieron dos de ellos para encender fuego. No llevaban mechero, fósforos, pedernales ni varitas de madera. Ambos individuos –no podía dudar: acababa de verlo–, dirigieron la mirada al suelo y en el lugar surgió una hoguera.

Seguidamente, todos los presentes formaron un círculo en torno a las llamas.

No se sentaron, sino que siguieron suspendidos en el aire, como si pendieran de hilos invisibles.

Pese a su espanto, Ramón fue asediado por la curiosidad. Los recién llegados lo atemorizaban, pero deseaba saber quiénes eran, qué hacían en el Concepción, de dónde venían, de qué estaban hechos sus cuerpos.

De improviso, las palabras exóticas que los extraños habían repetido hasta entonces fueron sustituidas por un cántico.

Al cabo de unos minutos, Ramón sintió que esta especie de salmo se introducía directamente en su cerebro, produciendo tales vibraciones que sintió como si golpearan su cráneo con martillos diminutos.

Le costó hilvanar su siguiente pensamiento: el de irse de allí. Las vibraciones afectaban también los sentidos contenidos en su cabeza, principalmente, la visión y la audición.

Con tal indisposición, no estaba seguro de poder apuntar y acertar con su rifle, en caso de ser atacado.

Por otra parte, y aunque había planeado días atrás esta excursión de caza, comprendió que mientras aquellos seres estuvieran allí –y, por lo visto, pensaban quedarse mucho más tiempo–, ningún animal se acercaría.

Cuando ya estaba a punto de retirarse, Ramón cometió el peor error de su vida: trató de sobreponerse al creciente dolor en su cabeza y al miedo que lo embargaba, para satisfacer su curiosidad.

A MERCED DE LOS EXTRAÑOS

No quería marcharse sin descubrir la identidad de esos –en su mente, los llamó extraterrestres, porque no parecían de este mundo–, qué hacían, qué o a quién contenía el ataúd y cómo lo transportaron, si no tenían brazos.

En vez de abandonar su escondite, bajar sigilosamente la montaña y retornar a su casa, Ramón López cambió dos veces de posición.

Con sigilo, para no producir el menor ruido, se apoyó sobre sus manos, alzó su rodilla derecha y afianzó el pie del mismo lado. Luego repitió el movimiento con la otra pierna y se puso en cuclillas.

En ese momento, la luna pretendió jugar al escondite y se cubrió con una larga nube. Como si estuvieran sincronizados con este ocultamiento, los visitantes hicieron silencio y elevaron el rostro –o lo que hiciera las veces de este–, hacia el cielo.

Ramón también alzó la vista y descubrió que contemplaban la constelación de Orión. Mientras veía el grupo de estrellas, sintió un gran alivio. Ya no tenía la horrible sensación de que minúsculas criaturas en el interior de su cráneo le machacaban la cabeza.

La siguiente media hora o poco menos transcurrió con lentitud.

Cuando se cansó de estar en cuclillas, Ramón procuró arrodillarse de nuevo. Sin embargo, cuando apoyó la rodilla derecha en la tierra, perdió levemente el equilibrio. Para evitar caer de bruces, adelantó su mano del mismo lado y se aferró a una hoja de hierba que se quebró con su peso.

El filo de la hoja hirió su mano, como si la hubiese asentado en el más filoso de los cuchillos.

Pero lo peor no fueron la caída ni el golpe, sino que el ruido producido por su cuerpo sobre las hierbas y la tierra atrajo a varios de los seres que había estado observando.

Cinco de ellos se hallaban rodeándolo y, aparentemente, ahora el observado era él. Aparentemente, porque carecían de ojos y, en vez de estos, exhibían unos interminables agujeros negros.

Como no emitían ningún sonido, Ramón escuchó su propia respiración como si un enorme fuelle se hubiera apoderado de la montaña.

Aterrado, pensó erguirse y correr a todo cuanto dieran sus piernas, pero el cuerpo no le respondió. Algo –seguramente su propio miedo–, lo tenía paralizado. En los instantes siguientes, siguió sin poder hacer el menor movimiento, ni siquiera cuando escuchó decir desde el claro donde estaba el ataúd:

—¡Tráiganlo, es el que vamos a sacrificar hoy!

INSTINTOS

Los seres que lo rodeaban lo llevaron hasta el claro en el monte, izado por las cuatro extremidades.

En cada una advirtió que lo sujetaban manos y, aunque el pánico apenas le permitía respirar, descubrió que lo que parecía un cuerpo etéreo estaba pintado en una especie de bata negra.

Bajo esta, había manos y pies y todo lo que caracteriza un cuerpo humano.

Esto no lo tranquilizó. Al contrario, sabía que los humanos representamos un peligro mayor que cualquier criatura del cosmos, ya que no se tienen noticias verificadas de ataques extraterrestres.

Quienes lo cargaban, lo lanzaron en el centro del círculo.

El que había hablado antes lo hizo otra vez, ahora para ordenar que trajeran los picos, las palas y el ataúd. También exigió el cuchillo del ritual, algo que exacerbó el terror que ya casi hacía colapsar a Ramón.

Pero los miembros del grupo también cometieron un error. Se volvieron todos hacia quienes debían cumplir las órdenes y Ramón lo notó.

Cuando estamos asustados de verdad, quedamos en poder de los instintos. Yo sé que los psicólogos y los psiquiatras odian esta palabra: instintos. Pero fueron ellos los que advirtieron que Ramón tenía una oportunidad de sobrevivir.

A sabiendas de que en ello le iba la vida, se lanzó contra las dos figuras que se interponían entre él y el camino y, tras derribarlas –sin duda, eran humanas–, se precipitó hacia adelante a la mayor velocidad posible.

Por momentos, corría. Por momentos, saltaba. Por momentos, volaba. En estos últimos, él no sentía nada bajo sus pies y sólo percibía su rostro abriendo caminos en el aire.

Sus captores advirtieron la fuga cuando sus dos compañeros rodaron por la tierra, pero no reaccionaron hasta que escuchar a quien daba órdenes:

—¡Que no escape! –aulló este.

Ramón conocía muy bien el sector y, aunque sólo contaba con iluminación lunar, se desplazaba como en un espacio plano, libre de obstáculos.

Sin embargo, mientras huía, las hierbas y las ramas bajas de árboles y arbustos le arañaban la cara y los brazos. Atrás, muy atrás, se escuchaban los pasos rápidos, aunque titubeantes, de sus perseguidores, señal de que el terreno no les era del todo familiar.

Cuando había descendido la mayor parte de la colina, Ramón perdió el equilibrio y rodó algunos metros. Pero, como si tuviera resortes, tan pronto se detuvo, se puso en pie.

La única vez que volteó, vio que llevaba una ventaja apreciable a –ya no los consideraba extraterrestres– los lunáticos que lo seguían.

Al fin llegó hasta su caballo y, como si estuviera en una competencia de *cowboys*, lo desató a toda prisa y montó en él.

Alentó a la cabalgadura con gritos, para que corriera a mayor velocidad.

Sólo se detuvo cuando el caballo dio muestras de cansancio. Entonces, volvió el rostro, escrutó los alrededores y dejó que el animal descansara. Nada más unos minutos, pues temía que lo volvieran a atrapar.

Un rato después, llegó al fin a su casa. Abrió la puerta. Entró y la cerró tras de sí.

Dejó pasar unos minutos antes de encender la luz.

Casualmente, estaba frente a un espejo, en su habitación, y notó que algo goteaba desde la parte posterior de su cabeza.

Sin ver de qué se trataba, fue hasta el baño y tomó una toalla. Al secarlo, descubrió con horror que no se trataba de sudor sino de sangre.

En su *jeep*, Ramón se trasladó al hospital. Su herida era superficial.

Cuando abandonó la sala de emergencias, vio que en la ladera oriental del volcán –donde estuvo hasta hacía poco–, se había desatado un incendio.

Pero no dijo nada. ¿Quién podría creer el relato de lo que acababa de vivir? Incluso, podrían pensar que era un pirómano y había inventado esa historia para encubrir su responsabilidad.

El miedo que Ramón sintió esa noche –y del que nunca pudo recuperarse–, lo llevó a mudarse a León, una de las principales ciudades nicaragüenses, a más de doscientos kilómetros de la isla.

CUENTOS DE TERROR EN EL CEMENTERIO

El mejor escenario para contar o escuchar historias de miedo es un camposanto, a medianoche. Pero es también el escenario para algo peor, algo irreversible.

Entre 1981 y 1982, un grupo de jóvenes de la ciudad de Memphis, en Tennesee, EE. UU., acordó reunirse una noche a la semana en el cementerio, para contar cuentos de terror.

La edad de los asistentes –muchachas y muchachos–, oscilaba entre diecisiete y veintiocho años. Habitualmente, se encontraban los viernes y, ocasionalmente, uno que otro jueves. Cada siete días, los asistentes debían aprenderse una o dos historias de miedo y narrarlas a sus compañeros, a la luz de linternas y sentados sobre lápidas.

Cuando se corrió la voz, muchos estudiantes quisieron sumarse y eso le dio la idea a uno de los organizadores para preparar un espectáculo.

A partir de entonces, cada sesión contaba con dos, tres y hasta cuatro nuevos participantes, que no accedían directamente al interior del camposanto sino que eran reunidos en la entrada.

Tan pronto llegaban todos los *nuevos*, se les conducía a oscuras entre las tumbas y, como en una Casa del Terror de esas que hay en las ferias de casi todo el continente

americano, los miembros originales aparecían detrás de árboles o sobre estos para tratar de asustarlos.

En ocasiones, uno o una de ellos parecía levantarse de alguna tumba o, vestido con una sábana blanca, recorría a la distancia alguna vereda portando una vela encendida.

Para que el espanto fuese mayor, ocultaban los rostros tras máscaras aterradoras y proferían lamentos, como de almas en pena.

Las reacciones de los *nuevos* oscilaban entre el pánico abierto y el grito a flor de boca, a la indiferencia absoluta y la burla.

Durante meses, esta fue la rutina y, pese a lo repetitivo de la experiencia, siguieron sumándose participantes y siendo aterrorizados algunos de ellos.

Al cabo de varias semanas y dado que había aumentado la asistencia, abandonaron el lugar donde habían comenzado –en una especie de claro, sin árboles, sembrado de lápidas–, y mudarse a otro similar pero de mayor tamaño.

En cierto momento, la concurrencia era de tal magnitud que pensaron instalar un micrófono y dos cornetas para que todo el grupo pudiera escuchar lo que se contaba. Pero no se llegó a ello porque la actividad debía mantener su aura semiclandestina.

No era tan clandestina porque contaban con el apoyo del cuidador del cementerio, uno de cuyos hijos figuraba entre los narradores originales. Pero, para la policía aquellas reuniones estaban en la región limítrofe entre la falta simple y el delito.

Faltaba poco para que cumplieran año y medio como grupo, cuando a uno de los integrantes originales –un joven de 21 años llamado Kevin–, se le ocurrió introducir una variante.

Un viernes en la noche todo se desarrolló como de costumbre, con el recibimiento a los *nuevos* y la habitual sesión de narraciones, pero, al término de esta, hubo algo más.

Cuando se dirigían a la tapia por la que habían establecido que saldrían esa noche, se toparon con la sorpresa preparada por Kevin: un hombre gordo colgado de un árbol.

La visión heló la sangre de quienes no estaban al tanto de la broma.

Kevin, entonces, explicó de qué se trataba e instó a su amigo Howard a que abandonara su posición de falso ahorcado.

Mientras esperaba que esto ocurriera, todos los presentes mantuvieron enfocadas sus linternas en Howard, y Kevin explicó que habían copiado el truco de una de las películas de terror que habían visto últimamente.

Alrededor del cuello de Howard, y debajo del nudo corredizo de la soga, había un protector transparente de plástico para evitar cualquier daño. Detrás de él, un arnés con una cuerda de nylon de seguridad le permitía colgar a metro y medio del suelo.

Al susto inicial lo sucedieron risas generales y hasta carcajadas de alivio.

Kevin, entonces, insistió para que su amigo bajara e hiciera la reverencia que acostumbraban cuando alguno terminaba de contar un cuento.

Como Howard seguía pendiendo de la soga, e incluso su cuerpo era balanceado por la brisa ligeramente helada de esa noche, Kevin se molestó e increpó a la figura colgante.

Conociendo cuán bromistas eran los dos amigos, todos rieron y una de las chicas, después de elogiar lo realista que lucía el ahorcamiento, dijo:

—¡Baja pronto, Howard, para darte un beso por tu actuación!

Pero Howard no bajó.

Pasaron varios minutos y, al comprender que algo andaba mal, Kevin y dos de sus compañeros se acercaron a ver qué pasaba.

Lo que encontraron los asustó de veras: Howard estaba colgado de verdad, debido a un doble accidente.

Uno, como él no había practicado con el protector plástico del cuello, se lo había colocado de tal forma que el mismo se elevó contra su mandíbula inferior, en tanto el nudo corredizo apretó su cuello.

Dos, la soga de seguridad cedió cerca del arnés, pues no soportó el peso del falso –ahora verdadero– ahorcado. La cuerda estaba garantizada para soportar hasta 110 kilos y Howard pesaba 122.

Lo peor es que la carrera que Howard –a quien le faltaban cinco días para cumplir 26 años–, estudiaba en la Universidad Estatal de Memphis era precisamente Matemáticas.

BOITATÁ

Quien ve y se expone al brillo de esta serpiente de fuego pierde más que la vida. También su integridad corporal, parte por parte.

Eran las dos de la tarde del 4 de marzo de 1946, cuando el campesino brasileño Joao Prestes Filho regresó a su casa, en las afueras de un pequeño pueblo del estado de São Paulo.

Venía de pescar con unos amigos, en el río Tietê. Había preferido pasar el día pescando y no en el bullicio del lunes de carnaval, en la cercana ciudad de San Roque, adonde habían ido su esposa y sus hijos.

Como hacía mucho calor, Prestes Filho sólo vestía un pantalón corto. Como siempre, iba descalzo.

Al nada más entrar en casa, se dirigió a la cocina, a preparar los pescados que había conseguido.

No llegó a la cocina.

Cuando apenas pasaba por la sala, que también servía de comedor, algo llamó su atención y fue hasta la ventana.

Era una especie de destello, como de luz reflejada por un espejo, que iluminaba el piso de la casa.

Tan pronto llegó a la ventana, un haz de luz mucho más intenso lo bañó por completo y lo derribó, haciéndole de paso perder el conocimiento durante varios minutos.

PIEL TRANSPARENTE

Cuando se recuperó, sintió un ardor tan grande en el cuerpo que decidió salir en busca de auxilio donde su hermana, en el cercano poblado de Araçariguama.

Notando que a cada instante se sentía peor, Prestes Filho caminó los dos kilómetros que lo separaban de la casa de su hermana y, al llegar, un calor como nunca había tenido en su cuerpo hizo que se precipitara corriendo al interior de la vivienda.

Su hermana, su cuñado y sus sobrinos también habían ido al carnaval de San Roque, por lo que quienes acudieron a su solicitud de auxilio fueron varios vecinos que lo vieron pasar.

Estos entraron en el momento en que él cayó al suelo.

Lo que vieron era peor que lo visto minutos antes: toda la piel de Joao Prestes Filho –excepto la que cubría su pantalón corto–, no sólo estaba quemada, sino que se estaba poniendo transparente, dejando ver algunos órganos y huesos.

Uno de los presentes, Aracy Gomide, que había sido aprendiz de enfermero en el ejército, permaneció junto al herido hasta que falleció seis horas después.

Fue Gomide quien, posteriormente, relató a la prensa lo ocurrido, pues Joao Prestes Filho se lo refirió en las primeras de esas seis horas, cuando aún podía hablar.

DESHACIÉNDOSE

Prestes Filho identificó la luz amarilla que lo impactó como el Boitatá, una serpiente mitológica de fuego que, según recogen algunos cronistas desde el siglo XVI, ataca y mata a los indígenas brasileños.

Esta entidad ha sido caracterizada como una serpiente de fuego, debido a que es una luz que se mueve muy rápido y produce en el ojo de quien lo ve el mismo efecto de persistencia retineal que posibilita la existencia del cine.

Mientras relataba lo que le había ocurrido, la piel transparente de Prestes Filho empezó a desprenderse, pero, asombrosamente, él no daba muestras de dolor.

Primero se le cayó la nariz, de un modo verdaderamente macabro, pues le fue resbalando por el rostro, sobre los labios y la barbilla, hasta que como una gigantesca gota se precipitó al catre donde yacía.

Cuando trató de incorporarse para ver qué había sucedido, se le desgajó la oreja derecha y, segundos después, la izquierda.

Luego se le corrió toda la piel de la cara, descarnando toda la musculatura del rostro y dejando solamente en ella los dos globos oculares totalmente llenos de vida, como dos mundos flotando en un universo que se extingue.

En los minutos siguientes, y para horror de Gomide –que fue el único que resistió el horrendo espectáculo–, Prestes perdió la piel de los brazos y del torso.

Sin embargo, no sólo no daba muestras de dolor alguno, sino que hablaba sin parar, contando y volviendo a contar lo sucedido.

Este proceso de desmembramiento no fue rápido, sino que se prolongó durante interminables seis horas, al término de las cuales, y, repentinamente, Joao Prestes Filho se quedó en silencio como si también hubiese perdido las palabras.

En los años que han transcurrido hasta ahora, no se ha encontrado una explicación a su terrible y devastadora muerte, aunque en su momento hubo quien acusó a Aracy Gomide de haber exagerado lo sucedido.

El protocolo de autopsia, sin embargo, confirmó su testimonio.

Lo sucedido a Joao Prestes Filho aparece en diversas redes y se comenta como uno de los episodios más extraños de la historia de Brasil y del continente americano. En tales espacios se refieren a él como *el hombre que se derritió*.

LA CASA MATUSITA

La segunda planta de una edificación, en pleno centro de Lima, la capital peruana, ha sido escenario de diversas tragedias. Durante décadas, también el de apariciones espectrales, gritos y voces, sin que puedan verse las personas que los profieren.

Hay pocos lugares en América del Sur tanto o más tenebrosos que la Casa Matusita, de Lima.

Esta casa –una edificación rectangular de dos plantas– aún existe. Está situada en el centro de la capital peruana, en el cruce de las avenidas Garcilaso de la Vega y España. La identifica el número 1390.

Debe su nombre a la ferretería que funcionó en su primera planta, a ras del suelo, pero la mayor parte de los hechos que le dieron su terrible fama ocurrieron en la segunda.

Sin embargo, no ha sido sólo la casa la que parece víctima de maldiciones. También el suelo sobre el que está construida, ya que el primer episodio siniestro de su historia ocurrió el 23 de octubre de 1754, en el terreno baldío que la ferretería y la residencia ocuparía siglo y medio después.

MALDICIÓN TRIPLE

Catorce meses antes de esa fecha –esto es, el 25 de agosto de 1753–, arribó al puerto de El Callao, cerca de Lima, un barco procedente de Europa.

De él descendió una mujer de ascendencia persa, muy blanca y de cabellos rubios, llamada Parvaneh Dervaspa.

Parvaneh se estableció en el centro de Lima, en una vivienda que ya tenía varias décadas de construida, cerca de donde luego se levantaría la Casa Matusita.

La recién llegada tenía conocimientos que entonces se consideraban de brujas, referidos a la herbolaria del este europeo y de Persia, pues tenía ancestros en ambas partes del mundo.

Parvaneh no pretendía dañar a nadie y, según se cuenta, hasta sanó a varias personas de males que la medicina practicada entonces consideraba incurables.

Esto llevó a muchos a pensar que la mujer era una hechicera y, en lugar de agradecerle su buena disposición para curar, la acusaron ante el tribunal de la Santa Inquisición de Lima.

El 13 de julio de 1754, un grupo de temerosos vecinos y habitantes de otras zonas de Lima acompañó a los inquisidores a la casa de Parvaneh para detenerla.

Fueron de noche, provistos de antorchas y preparados para luchar con ella y sus supuestos poderes infernales, si era necesario o, como alguien dijo, para atraparla si intentaba huir volando sobre una escoba o de otro modo igualmente sobrenatural.

En los meses siguientes se realizó el supuesto juicio durante el cual se desoyeron todas las explicaciones y alegatos de la acusada. Según sus acusadores, cuanto hacía

y decía Parvaneh era dictado por el Diablo y por lo tanto carecía de valor alguno.

El 23 de octubre de 1754, Parvaneh Dervaspa fue conducida a una hoguera levantada no en la Plaza Mayor de Lima, sino en el terreno donde poco más de siglo y medio después se construyó la Casa Matusita.

Mientras era quemada viva, la presunta bruja lanzó tres maldiciones al lugar donde iba a morir, al resto de la ciudad y a todos los que la acusaron y detuvieron.

En los siguientes años, la muerte trágica y sucesiva de quienes calumniaron, sentenciaron y ejecutaron a Parvaneh Dervaspa, así como diversas epidemias que redujeron considerablemente la población limeña, fueron atribuidas a tales maldiciones.

UNA FAMILIA CHINA

En la primera mitad del siglo XIX, una familia china construyó una casa de dos plantas en el terreno baldío donde habían quemado a Parvaneh Dervaspa.

La familia estaba compuesta por el padre, la madre y dos hijos, un varón y una hembra.

Eran los tiempos previos al proceso independentista que inició en Perú José de San Martín y concluyó Simón Bolívar.

El padre trabajaba muy fuerte para mantener a su familia y por eso pasaba la mayor parte del día fuera de casa.

En cierta ocasión, regresó temprano y encontró la planta baja en silencio. Cuando subió a la otra, descubrió a su mujer en la cama, con un amante.

La pareja no advirtió su presencia ni en ese momento, ni después, cuando él regresó armado con un cuchillo de cocina y los atacó.

Antes de que los amantes se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, el dueño de casa los asesinó con puñaladas certeras al corazón.

Luego, enceguecido de rabia, los descuartizó y esparció los miembros por toda la planta alta de la casa.

Al rato, llegaron los dos niños y se espantaron al ver lo que había hecho su padre, que estaba enteramente cubierto de sangre. El padre trató de explicar lo ocurrido, pero en los rostros de sus hijos sólo advirtió miedo e incomprensión.

Esto lo llenó de tanta ira que se abalanzó sobre ellos, esgrimiendo el mismo cuchillo de su primera matanza.

En su prisa por asesinar a sus hijos, pisó un charco de sangre y cayó al suelo.

Los niños escaparon, pero no por mucho tiempo.

Enardecido, el hombre apuñaló al niño en un rincón de la misma planta alta, donde lo acorraló. A la niña la mató abajo, tras perseguirla durante un rato.

Mientras huían, los niños gritaban pidiendo a su padre que no les quitara la vida y también solicitando, a quien los oyera, que acudiera en su auxilio.

Cuando, acezante, el hombre contempló lo que había hecho, se suicidó.

Desde entonces, la casa estuvo vacía durante más de veinte años.

Vacía de seres vivos. Los vecinos contaban que, en algunas noches, se veían luces en la segunda planta y se escuchaban los gritos de varias personas, infantes entre ellas, en una lengua que no era la española.

También se contaba que en las ventanas de esa planta se asomaban dos semblantes infantiles con el terror reflejado en sus ojos y una palidez espectral.

La visión más recurrente, sin embargo, era la del rostro cadavérico de un hombre perturbado que profería palabras

y maldiciones ininteligibles a quienes transitaban por la calle España a medianoche.

Detrás de este rostro se observaba una luz muy débil, como la de una vela encendida en las regiones infernales, cuyo brillo se esforzara por llegar hasta allí.

OTRA FAMILIA CHINA

Poco más de dos décadas más tarde, una segunda familia china se estableció en la casa.

Según se cuenta, las luces y los gritos se repetían con bastante frecuencia, pero los ocupantes de la casa no se mostraban asustados, ni molestos. Los espectros y diversos seres sobrenaturales son habituales en la cultura china.

A comienzos del siglo XX, uno de los nietos de esta familia –que había heredado la casa años atrás– enloqueció.

De un día para el siguiente, le dio por maltratar e insultar en todo momento y por cualquier razón a los dos únicos sirvientes que le quedaban, un mayordomo y una cocinera.

Estos, tras soportar durante varias semanas las múltiples vejaciones a las que los sometió su patrón, decidieron vengarse.

Una noche en que el dueño de la casa recibió a varios amigos, el mayordomo y la cocinera pusieron una droga alucinógena en las bebidas.

Cuando ambos abandonaron la sala, cerraron la puerta por fuera y se sentaron en la cocina a esperar lo que sucediese.

Más o menos quince minutos después, escucharon a su patrón insultar a uno de sus invitados y luego la airada respuesta de este.

A continuación, se oyeron varios golpes en la madera de la mesa; también platos y vasos que se rompían al ser arrojados

contra las paredes o al estrellarse en el suelo; nuevos y más enconados insultos; forcejeos y, por último, gritos, muchos gritos, además de cuerpos que caían y chocaban con los muebles.

El escándalo duró cerca de otros quince minutos y, mientras tanto, el mayordomo y la cocinera se mantuvieron inmóviles en la cocina, cada uno en una silla de las que se hallaban en torno a la mesa donde ellos regularmente comían.

Cuando dejaron de oírse los ruidos provenientes del comedor, ambos sirvientes acordaron esperar un rato, antes de entrar a recoger los cuerpos caídos y llevarlos a las camas y sofás donde terminarían de dormir la borrachera, mientras ellos se encargaban de la limpieza.

Pero, al entrar al lugar, en vez de hombres borrachos tirados en el suelo, se toparon con el más macabro de los espectáculos: había sangre en abundancia por todas partes, así como dedos, ojos y dientes regados sobre la mesa y en el suelo.

Los cuerpos caídos mostraban múltiples heridas, bien en el cuello, los brazos, el abdomen y aún en la espalda.

Su patrón tenía un cuchillo clavado en la garganta y portaba un tenedor en la parte superior de la mano derecha. Uno de los invitados, caído sobre la mesa, estaba casi decapitado: su cabeza pendía de unos pocos ligamentos. Debajo suyo, un enorme pozo de sangre evidenciaba que se había desangrado en poco tiempo.

Tan pronto vieron esto, la cocinera y el mayordomo corrieron a la cocina y se procuraron unos fósforos.

Aprovechando que gran parte del mobiliario era de madera, le prendieron fuego a la casa y pretendieron huir.

Mas, cuando intentaban salir, fueron interceptados por algunos agentes de policía que habían sido llamados por los vecinos, debido al escándalo.

Ambos sirvientes fueron sometidos a juicio y condenados a residir en un manicomio, debido a que mostraron evidentes síntomas de locura durante todo el proceso.

Gracias a que los bomberos intervinieron a tiempo, la casa se mantuvo en pie, aunque nuevamente –y durante muchos años– vacía.

Ahora, por las noches, a las luces fantasmales y a los gritos de terror de dos niños, se sumaba el bullicio de la nueva carnicería entre el dueño y sus amigos.

Pese a que la casa se había hecho famosa en Lima por las manifestaciones inmateriales que ocurrían en esa segunda planta, pasados unos años, una familia japonesa de apellido Matsushita, la adquirió y restauró, aunque nunca residió allí.

Tal apellido, deformado en su ortografía y su pronunciación, dio nombre definitivo a la casa y al comercio que al cabo de unos años se estableció en ella: Matusita.

LA CASA QUE HACE ENLOQUECER

Cuando la alquilaron, los propietarios de la ferretería que ocupó sus dos plantas mantuvieron dicho nombre deformado.

El negocio se mantuvo a lo largo de varios años, pero fueron muchos los empleados que renunciaron, luego de haberse quedado en horas nocturnas despachando un pedido, haciendo inventario o acomodando mercancía nueva, recién llegada.

Todos coincidían en señalar que había una presencia maligna en el lugar. Su manifestación más terrible era que cambiaba el carácter de las personas, convirtiéndolas en desagradables y pendencieras.

Varios de dichos empleados se vieron envueltos, luego de abandonar su trabajo en la casa, en riñas caseras o callejeras e incluso en episodios criminales.

De uno de ellos, se cuenta que asesinó a su esposa y, como si fuera un samurai japonés, se suicidó a continuación practicando en sí la ceremonia del *seppuku* o *harakiri*.

Cuando, otra vez, la Casa Matusita quedó abandonada, tan pronto llegaba la noche, la mayoría de las personas se abstenía de pasar frente a ella, y corrían historias –verídicas e inventadas– de hombres y mujeres desprevenidos a los que voces y presencias del más allá habían llenado de espanto.

Además, se llegó a hablar de un individuo de rasgos orientales que, armado con un cuchillo, amenazaba a los transeúntes.

Un día, un sacerdote católico decidió acabar con lo que llamó *una diabólica superstición* y, tras anunciar a sus feligreses que se proponía bendecir la edificación, entró en ella.

No había transcurrido ni una hora en su interior cuando lo vieron saltar despavorido por una de las ventanas de la planta alta, con tan mala suerte que, al caer, se quebró el cuello y murió.

A comienzos de los años setenta del siglo XX, un conocido periodista de televisión, Humberto Vílchez Vera, anunció en su programa una gran apuesta.

Si alguien la aceptaba –y alguien la aceptó–, él se comprometía a pasar siete días con sus noches en la Casa Matusita.

Aunque años más tarde, Vílchez Vera dijo que nunca entró a la nefasta vivienda, diversos testimonios han señalado que sí lo hizo y que pasó en ella menos de cuatro fechas. En la tarde del cuarto día fueron tantos y de tal magnitud sus gritos que un escuadrón de agentes de policía debió entrar a rescatarlo.

No dejó de gritar ni siquiera cuando, en una ambulancia, ya se hallaba a varias cuadras de la fatídica edificación.

Vílchez Vera pasó los próximos trece meses internado en una institución psiquiátrica. Al salir, según sus familiares y amigos, nunca volvió a ser el mismo.

¿LA VERDAD VERDADERA?

En julio de 2014, el señor Ladislao Tery Andrade, entonces propietario de la casa, abrió la segunda planta de Casa Matusita a dos reporteros del programa "Cuarto Poder", del canal local América Televisión.

En la primera, ha funcionado desde hace años una agencia de Mibanco, una institución bancaria de capital cien por ciento peruano. Curiosamente, en esta primera planta nunca se ha registrado ninguna manifestación paranormal, pese a que allí fue asesinada la niña del primer matrimonio chino que la ocupó.

Tras recorrer de extremo a extremo la segunda, los reporteros comprobaron que la misma estaba abandonada y en estado semirruinoso. Según alegó su propietario, ello se debía a que fue usada durante varias décadas como depósito, tanto de la ferretería como de la familia Andrade.

Los hechos que se han relatado han sido, en opinión de su dueño, simples leyendas urbanas.

—Todo es una gran mentira, una falsedad total.

Explicó del siguiente modo los hechos que dieron origen a tales leyendas.

Sin negar que hubiesen ocurrido los acontecimientos trágicos de los siglos XVIII y XIX, señaló que los fantasmas que se han visto o las luces que se veían recorrer el lugar en horas próximas a la medianoche tuvieron su origen en ciertas

acciones de uno de los vigilantes que custodiaban la casa décadas atrás.

—Mis abuelos la adquirieron en 1924. Las historias surgieron cuando uno de los guardianes de la casa subía a medianoche tropezándose por haber bebido alcohol y arrastrando la cadena de una de las rejas en medio de la oscuridad. Los muchachos en la calle decían: "¡Mira, hay luz, están penando, están los fantasmas!". Entonces tiraban piedras y terminaron rompiendo las lunas de todas las ventanas. El hombre salía molesto por la ventana y, como era una persona muy mayor, los que lo veían decían: "Ahí está el fantasma".

Pero algo siniestro hay en la Casa Matusita. Lo prueba el que en el techo hay varios nidos de gallinazos, esas aves carroñeras parientes de los zamuros y los zopilotes.

Su presencia o, mejor dicho, sus inquietantes sombras acompañaron a los reporteros de "Cuarto Poder" durante todo el tiempo que estuvieron allí.

VIAJE ASTRAL DE UN HECHICERO

Un misionero francés y un hechicero de Gabón, en el continente africano, discuten acerca de la posibilidad o imposibilidad de realizar traslados con la mente. La discusión tiene un desenlace inesperado.

Una noche, a comienzos del siglo XX, un misionero francés y un hechicero de la tribu Fang se sentaron a conversar alrededor de una hoguera.

El misionero se llamaba Henri Trilles y había nacido en 1866. Formaba parte de la Congregación del Espíritu Santo, con sede en Gabón.

El hechicero pertenecía a la etnia Fang, cuyos miembros eran conocidos también como los *pahovins* o *pawin*, que habitaban en la parte norte de ese mismo país africano, Gabón.

Los dos se habían conocido unas horas antes, cuando el misionero había llegado al caserío.

Trilles iniciaba entonces la recolección de cuentos y leyendas de los Fang que publicaría en Francia unos años después.

De su conversación con el hechicero esperaba obtener algunas historias o relatos interesantes, a la par que deseaba ganarlo para la misión evangelizadora que hacía.

En cierto momento del diálogo, el hechicero le habló al padre Trilles de los poderes que tenía, uno de los cuales era el de realizar viajes astrales.

Obviamente, el misionero no le creyó y, tras charlar un rato sobre la posibilidad o imposibilidad de hacer tales viajes, el sacerdote decidió poner a prueba a su interlocutor, dada la certeza con que este hablaba.

UN AMIGO A 5.300 KILÓMETROS

Las luces del cielo titilaban como si hicieran guiños cómplices a los dos hombres que conversaban: unas al incrédulo misionero y otras al confiado hechicero.

Ambos sostenían sus posiciones en torno al tema del viaje astral con igual convicción.

Por eso, cuando el padre Trilles propuso someter a prueba lo dicho por el hechicero, este lo asumió con naturalidad, como si estuviera esperando el desafío.

El padre Trilles se tomó unos instantes para ordenar sus ideas y, al término de los mismos, pidió al hechicero Fang que, durante su próximo viaje astral se trasladara a Niza, Francia, distante a unos 5.300 km.

Allí debería buscar a un amigo del misionero, a quien debía pedirle que le enviara unos cartuchos para una escopeta.

Aunque el hechicero nunca había visitado Europa y ni siquiera había salido de la aldea donde vivía, accedió sin rechistar la solicitud del misionero.

Luego dijo que esa misma noche iría, pese a no contar con una dirección ni otra información aparte del nombre de quien iba a buscar y la ciudad donde lo hallaría.

Cuando el padre Trilles le preguntó cómo haría, el hacedor de hechizos no puso reparos en revelarle su fórmula

para viajar en espíritu. Le explicó que lo lograba, después de entrar en trance.

Para alcanzar este estado, debía untarse todo el cuerpo con una sustancia venenosa, acerca de la cual no dijo nada más.

Una vez experimentado el estado de conciencia deseado, el hechicero fijaba el lugar al que deseaba trasladarse y su espíritu volaba hasta allí.

En ocasiones –indicó–, como la que el padre Trilles le proponía, cambiaba de estrategia y, en lugar de establecer un punto al cual dirigirse, se conectaba directamente con el espíritu de la persona a la que deseaba visitar.

A medida que el hombre exponía los pasos requeridos para realizar sus excursiones astrales, al padre Trilles se le hacía más difícil contener la risa. Lo logró con mucho esfuerzo.

Un rato después y tras una despedida repleta de fórmulas de cortesía, los dos hombres se separaron.

A la mañana siguiente, apenas despertó, el padre Trilles recibió la visita del hechicero, quien le comunicó muy serio que ya había dado su mensaje.

Esta vez, el misionero no pudo reprimir una carcajada.

MISIÓN CUMPLIDA

Poco más de una semana después, el correo trajo un paquete para el padre Trilles.

Al abrirlo, el misionero se llevó la sorpresa de su vida, pues el paquete contenía los cartuchos que deseaba pedirle a su amigo.

Pero había más.

También venía una carta en la que dicho amigo le preguntaba quién era el extraño mensajero que, cerca de la

medianoche de un día de la semana anterior, se había presentado en su casa llevándole la solicitud.

Lo más asombroso, sin embargo, no era esto sino que, a continuación, el amigo hacía una descripción detallada y exacta del hechicero Fang.

El padre Henri Trilles no pudo entonces reprimir un largo escalofrío.

UN GUÍA EN LA NEBLINA

Un coronel estadounidense recibe la ayuda de alguien a quien en ningún momento logra ver el rostro para, en medio de la cerrada neblina londinense, caminar hasta el Hospital de San Bartolomé, donde acaban de operar a su hijo.

En 1944, el coronel estadounidense Rutgers Beekman se hallaba en Londres acompañando al general Dwight Eisenhower –quien años más tarde se convertiría en el trigésimo cuarto presidente de los EE. UU.–, cuando recibió la llamada de una enfermera.

Esta le dio una muy mala noticia: su hijo había sido herido en el frente de batalla de la Segunda Guerra Mundial y, luego de un traslado de urgencia, acababa de llegar a territorio inglés.

Le informó, además, que en los próximos minutos iba a ser operado en el antiquísimo hospital londinense de San Bartolomé.

Beekman, de inmediato, trató de colgar la bocina telefónica y dirigirse al hospital pero la enfermera alcanzó a decirle que su hijo no quería que él lo viera en el estado en que se encontraba y le pedía que sólo hiciera acto de presencia una vez concluida la operación.

Pese a que se hallaba muy nervioso, el coronel Beekman accedió a la petición de su hijo y, caminando de aquí para

allá y de allá para acá, recorrió innumerables veces la oficina donde se hallaba.

PERDIDO EN UN APAGÓN ELÉCTRICO

Cuatro horas después, cuando terminó la operación, la misma enfermera lo llamó y le dijo que su hijo había salido bien y que ahora sí quería recibirlo en el hospital.

Entonces ya era de noche y, para colmo, debido a los bombardeos, la ciudad se hallaba en medio de uno de los ya habituales apagones que pretendían tornarla invisible para la aviación alemana.

Por si fuera poco, la calle estaba cubierta por una neblina tan espesa que impedía extender la mirada más allá de unos pocos centímetros. Era como si el mundo se hubiera convertido en su propio fantasma.

El Hospital de San Gregorio quedaba a poco menos de dos kilómetros, pero las condiciones imperantes y el nerviosismo hicieron que el coronel Beekman se extraviase.

Si en el día las calles de Londres le daban la impresión de ser el más intrincado de los laberintos, de noche, con los faroles callejeros apagados, y rodeado de cortinas casi impenetrables de neblina, el oficial estadounidense sintió que transitaba por el infierno que Dios había creado para los ingleses.

Ocasionalmente, vio pasar a su lado a muy contados y apresurados transeúntes, ninguno de los cuales reparó en su desconcierto. Lo más seguro es que no llegaron a verlo.

Algunos parecían andar tan extraviados como él y hasta más, dado lo errático de sus pasos.

En cierto momento, dejó de ver y escuchar a nadie más. El mundo parecía ahogarse en un gélido océano de algodones.

La mezcla de oscuridad y niebla lo envolvió igual que un sudario y, aunque el coronel había enfrentado la muerte en más de una ocasión, hubo un momento en que un aguijonazo de miedo recorrió su columna vertebral.

La sacudida no fue suave. Como si se tratara de un lento relámpago, la sensación se le pareció a una quemadura que fuera invadiendo su cuerpo célula por célula.

Recobró la compostura al instante, pero en su interior sintió que miles y hasta millones de glóbulos de vergüenza recorrían sus venas y arterias.

Nadie, salvo él, había percibido su momento de debilidad, pero igual se abochornó.

Saber que se había abandonado uno o varios segundos al temor lo afectó más que hallarse extraviado, en tinieblas, con mucha humedad y frío, en una ciudad que apenas conocía.

Se recostó de una pared y respiró hondo varias veces.

Cuando se serenó, decidió pedir ayuda. Comprendió que, aunque le avergonzara hacerlo, su hijo recién operado lo esperaba y, si no lo veía llegar pronto, se preocuparía y eso podría afectar su recuperación.

UN RECORRIDO EN TINIEBLAS

Como si tomara aire para sumergirse bajo el mar o en uno de esos lagos que se ven en los sueños, el coronel Beekman dijo, lo más alto que pudo sin llegar al grito:

—¡Soy un oficial norteamericano! ¡Tengo un hijo en el Hospital de San Gregorio y no sé cómo llegar! ¡Tendrá alguien la bondad de llevarme hasta allá!

Repitió la solicitud cuatro veces.

Al fin, una voz masculina gruesa y una mano callosa y firme surgieron entre la niebla.

—Venga por aquí, caballero –le dijo la voz, en tanto la mano lo asió por el brazo derecho. Tras la voz y el brazo no se advertía ningún cuerpo. Apenas una silueta imprecisa como el espectro de un árbol.

Pese a haber pedido la ayuda, en principio el coronel apartó momentáneamente el brazo.

Sin proferir palabra alguna y como si comprendiera que el rechazo del coronel era lógico, dadas las circunstancias de su encuentro, el desconocido soltó el brazo que lo había eludido, pero luego lo retomó con suavidad.

A continuación, la extraña pareja giró en la próxima calle a la izquierda.

Pese a la seguridad que su guía demostraba al avanzar entre las sombras y la niebla, el coronel no se sentía cómodo.

Al doblar dos cuadras más adelante a la derecha, se toparon con una ráfaga de viento que venía acompañada de lluvia.

Con el brazo libre, el coronel Beekman se cubrió la cara porque las gotas heladas que venían a su encuentro asaeteaban su semblante igual a si lo hiciera un enjambre de alfileres.

Cuando en otra esquina cruzaron a la izquierda, cesó este tormento.

—Esa lluvia… –comenzó a decir el coronel Beekman, pero se detuvo.

Desde que habían empezado a caminar, su guía no había dicho más nada y a él le pareció que el silencio tenía que ver con la concentración para caminar sin tropezar postes, cabinas telefónicas, ni otros obstáculos propios de las calles de cualquier gran ciudad.

Mientras avanzaban por lo que el tacto bajo sus pies le indicaba que era una vía adoquinada, hubo un momento en que el coronel perdió por completo de vista la borrosa figura que lo conducía. De no ser por el contacto de la mano en su brazo, habría creído que de nuevo se había quedado solo.

Unos pocos cientos de metros más adelante y tras doblar otra vez a la derecha, abandonaron la calle adoquinada.

Ingresaron a un callejón cuya estrechez tenía la ventaja de reducir el volumen de la niebla.

La oscuridad, sin embargo, era más cerrada, aunque el coronel vislumbró, casi sobre él, las siluetas de las edificaciones a lado y lado.

A su acompañante, sin embargo, no alcanzó a verlo. Seguía siendo menos que una sombra.

Por un segundo, el coronel desconfió. Quizá el repentino guía lo conducía a una emboscada. La desconfianza lo hizo detenerse un momento.

No se le ocurrió que vivía una experiencia paranormal, pues su preparación militar le impedía generar tal pensamiento. Pero un nuevo escalofrío lo recorrió cuando advirtió que el propietario de la mano que aferraba su brazo pareció comprender lo que pensaba y, luego de un par de ligeros golpecitos con los dedos, lo asió de nuevo con firmeza instándolo a continuar.

Cuando abandonaron el callejón, se encontraron frente a una pequeña plaza, al otro lado de la cual la neblina trataba infructuosamente de borrar por completo la fachada de un edificio. Pese a lo cerrado de la niebla, se percibía algo más que la silueta de una construcción rectangular, en cuyo interior brillaba una luz muy tenue que, en la tenebrosidad de la noche, semejaba un lejano faro en mitad de una tormenta.

—Ese es el Hospital de San Bartolomé –informó el desconocido.

—Muchas gracias, amigo –dijo el coronel, ya con un pie en la entrada al hospital–, siempre le estaré agradecido. Pero, dígame, ¿quién es usted y cómo hizo para orientarse en esta oscuridad?

—Muy sencillo, señor –respondió el guía–, soy un soldado ciego. Perdí los ojos hace cuatro años, en la batalla de Dunkerque.

EL VESTIDO ROBADO

Heleny quería ir a un baile, pero su madre no tenía cómo comprarle un traje. Por eso aprovechó la ocasión que la vida le puso al frente y, sin pensar en las consecuencias, tomó la ropa de una muerta.

Cuando Heleny Rose llegó con su madre a una funeraria en el centro de Saint John, la capital de Antigua y Barbuda, iba muy enfadada.

Antigua y Barbuda es un país insular en el Caribe oriental, que forma parte de las Antillas Menores.

Antes de salir de casa, ella y su madre habían discutido. Heleny quería que le compraran un vestido para una fiesta a la que estaba invitada el próximo fin de semana.

La madre alegaba que no tenían dinero para un nuevo vestido y Heleny replicó que estaba cansada de parecer una pordiosera.

La discusión no duró mucho, porque Heleny intuyó que no le convenía. De hecho, se ofreció a acompañar a su madre a la funeraria, como una forma de ganar su favor.

La noche anterior había muerto una vecina muy querida y la madre de Heleny estaba muy afectada. Sin embargo, la discusión con su hija la había alejado por breves momentos de los muchos recuerdos en torno a la amiga fallecida y de la nostalgia que tal muerte le producía.

La mayor parte de tales recuerdos eran hermosos, positivos. Sólo unos pocos le hacían arrugar el ceño. La ahora ausente y ella habían tenido sus diferencias, pero en los últimos años habían logrado tolerarse e incluso quererse.

En esos últimos años, ambas se habían apoyado en numerosas ocasiones, luego de que en un lapso de menos de tres meses las dos habían enviudado.

En la funeraria se hallaban muchas personas del vecindario que conformaban diversos grupos. Pero en todos, las conversaciones giraban en torno a la amiga muerta, lo que aburrió a Heleny.

En cierto momento y para no ceder al bostezo delante de quienes se hallaban allí, salió de la sala donde estaba el cuerpo de la vecina, con el pretexto de ir al baño.

LA JOVEN DEL TRAJE BLANCO

Cuando pasó frente a otra sala, en un pasillo cercano, le pareció vacía, aunque en la semipenumbra en que se hallaba podía vislumbrarse un ataúd caoba al fondo, sobre una base marrón.

Heleny siguió hasta el baño y, al regreso, para retrasar su vuelta al velorio de la vecina, se adentró en esa otra sala.

Aunque a primera vista creyó que el ataúd estaba vacío, descubrió que había alguien en su interior. Era una joven parecida a ella, tanto en estatura como en complexión.

Maquillada como estaba no lucía muerta sino adormilada, a bordo de un sueño del que podría regresar en cualquier momento.

Pero hubo algo que acaparó la atención de Heleny: la joven vestía un traje blanco de fiesta francamente deslumbrante.

En ese momento, escuchó una voz a su espalda que, después de carraspear, dijo:

—Con permiso.

Era el dueño de la funeraria que traía una especie de llave en la mano derecha.

Cuando Heleny se apartó, el hombre bajó la tapa del ataúd y la cerró adelante, atrás y por el lado en que ambos se encontraban.

—¿Por qué la cierra? –preguntó Heleny.

—Murió muy joven. A su familia le resulta sumamente doloroso verla muerta. Quieren ir directo al cementerio.

El dueño de la funeraria abandonó la sala. En un armario con espejo ubicado frente a la entrada de la sala, en el pasillo, guardó la llave.

Heleny regresó al velatorio de su vecina, pero una idea empezó a tomar cuerpo en su mente.

De repente, salió al pasillo y se aproximó al armario. Vio hacia un lado y hacia otro y, aunque le surgieron dudas, abrió la puerta del armario y tomó la llave.

Sin pérdida de tiempo ni de idea, entró en la otra sala y destapó el ataúd.

EL DESPOJO

Con movimientos rápidos, desnudó el cadáver y guardó el vestido blanco en el bolso que cargaba. No le fue fácil cerrar el catafalco, pero al fin lo hizo y volvió al pasillo.

Se sobresaltó ante su propio reflejo en el espejo del armario. Advertir que algunos rasgos de su cara –principalmente, la mirada y las medialunas de sus labios–, habían cambiado tanto en los últimos minutos que, por un momento, vio sobrepuesto sobre el suyo el rostro de la chica en el ataúd.

Al instante, sin embargo, recobró su valor. O no tanto su valor, sino la aceptación de un, hasta ese momento, escondido cinismo.

Como si se hallara en una situación de muerte irremediable, su memoria se paseó en segundos por decenas de episodios en los cuales se sintió obligada a actuar en contra de sus inclinaciones naturales.

Para ella, sus padres eran pobres porque querían. O porque aceptaban con resignación todas las injusticias de las que eran víctimas. Con sólo haber aprovechado las oportunidades que se les habían presentado, de tomar algo aquí y algo allá, sin importar que no fuera suyo, sus vidas habrían sido menos penosas.

Su acción, según se dijo para justificarla, demostraba que ella y no sus padres, con su *absurda honradez*, tenía la razón.

Sin embargo, por mucho que intentaba excusar lo hecho, algo de la decencia inculcada durante años luchaba por llegar a flote en su espíritu, como alguien arrastrado por olas gigantes que lucha para evitar su ahogo.

Y hablando de ahogo, tal combate entre sus pensamientos y sus sentimientos más profundos la habían privado del aire necesario para mantenerse consciente.

De pronto, sus piernas flaquearon y comprendió que, de abandonarse a las contradictorias emociones que la recorrían en todas las direcciones, se desmayaría.

Se aferró al asidero de la puerta del armario para no caer y, al sentirlo en la palma de su mano, tiró de él. La puerta se abrió y retornó la llave a su lugar.

Sólo entonces Heleny respiró de nuevo.

Tras varias aspiraciones y espiraciones que la ayudaron a serenarse, miró a uno y otro lado del pasillo. Esta fórmula para recuperar la compostura se la había enseñado su madre

y, aunque poco antes había puesto en duda la educación dada por esta, no dudó en recurrir a ella.

Para su fortuna, en aquel, el más largo minuto de su existencia, nadie la había visto. Nadie tampoco andaba en ese momento por allí, ni se escuchaban pasos aproximándose.

Regresó a la sala velatoria reprimiendo una sonrisa. La sentía bullir detrás de sus labios pero, como si con ello la estrangulara, la sofocó hasta extinguirla.

Después, puso su mente en automático y apenas una que otra vez escuchó lo que se decía.

Por eso se sorprendió cuando, al cabo de un rato, un escuadrón de pensamientos tomó su cerebro. Todos giraban en torno a lo que acababa de hacer y a cómo y con qué facilidad había obtenido el vestido que necesitaba.

El problema vendría después, cuando tuviera que explicar a su madre dónde y cómo lo había obtenido.

Seguro se molestaría por el despojo hecho al cadáver, pero eso era solamente si confesaba con sinceridad lo sucedido. Faltaban tres días para la fiesta y en ese tiempo –estaba segura– ella encontraría un modo de justificar la tenencia del hermoso traje.

Cuando imaginaba el revuelo que causaría entre sus amigas el verla con tal prenda, no sólo sonreía, sino que su lengua acariciaba el interior de sus labios, satisfecha de haber tomado la decisión correcta ante la oportunidad que se le había presentado.

Se mantuvo al lado de su madre hasta que regresaron a casa.

LA MUERTE DE HELENY

Esa noche Heleny se probó el vestido y, por si entraba su madre al cuarto, se lo sacó al instante. En el trayecto de vuelta

había organizado un plan para explicar la presencia del traje y, si por casualidad la descubría, se echaría todo a perder.

El sábado, fue a la calle y, al regreso, le mostró el traje a la madre diciéndole que una amiga se lo había prestado. La mujer lo alabó y le dijo que, de su parte, agradeciera a la amiga aquel acto de generosidad.

Por la noche, Heleny fue a la fiesta y, desde que llegó, fue asediada tanto por sus amigas como por sus amigos. Las primeras ensalzaban el vestido y le preguntaban cómo lo había conseguido. Ella les habló del préstamo, tal como había hecho con su madre.

Los amigos se la disputaron como pareja, algo que nunca le había ocurrido, y por eso no paró de bailar desde poco después de su llegada hasta dos horas más tarde, cuando empezó a sentirse mal de un modo extraño.

A partir de cierto momento se sintió como si su cuerpo se estuviese paralizando.

Primero, advirtió que se le inmovilizaba un brazo, el derecho; luego, la pierna del mismo lado; después, el otro brazo.

No supo cuándo se le nubló la vista y cayó en mitad de la sala.

Al rato, despertó y se encontró en una camilla de hospital. Alguien lloraba cerca de ella. Puso atención y advirtió que era su mamá.

—¡¿Cómo pudo morirse así, mi niña?! –decía la madre en ese instante.

—¿Morir? –pensó Heleny–. ¿Quién dijo que estoy muerta?

Pero, por más que trataba de moverse, seguía inmóvil.

En las horas siguientes, vio la llegada de los hombres de la funeraria, que la introdujeron en un féretro de latón.

Observó cómo la maquillaban en un cuartucho, en el sótano de la funeraria. Cómo la cambiaron del ataúd de

latón al de madera y la llevaron a la misma sala semioscura donde ella había despojado del vestido a la joven fallecida días antes.

Más adelante, vio cómo se fue llenando la sala y a aquellas personas que lloraban al verla tras el cristal de la urna.

Al fondo, los sollozos de su madre la estremecían sin pausa.

De este modo, pasó la tarde y la noche de lo que sabía era el domingo.

EN EL ÚLTIMO MOMENTO

A media mañana del lunes, cuando se preparaba el cortejo para partir al cementerio, Heleny estaba agotada.

No había dormido y se había cansado de pedir a Dios que le permitiera escapar de la muerte que le esperaba horas después de su entierro, cuando se asfixiara irremediablemente bajo tierra.

El terror la invadió cuando advirtió que dos empleados de la funeraria se disponían a cerrar el ataúd.

Con todas sus fuerzas, intentó gritar o, al menos decir algo. Pero siguió petrificada, igual a un trozo de madera cortado en un aserradero.

Luego de varios martillazos dados con fuerza y precisión, todo se volvió oscuro. ¡La habían cubierto, sin advertir que estaba viva!

En la oscuridad, escuchó a uno de los hombres decir:

—Esta no resucitó.

—No –le respondió el compañero–. Ella no.

—¡Qué suerte la de Christian –comentó el primero–, que encontró viva a la otra! ¡Y desnuda!

—¿Suerte? –replicó el compañero–. ¡Susto!

Heleny supo que la chica a la que le había quitado el vestido había salido de un trance como el que ella estaba viviendo, gracias a su despojo.

Según contó la joven, y ahora refería el empleado de la funeraria, la habían emborrachado en una fiesta y la habían sometido a un ritual vudú. El traje blanco estaba impregnado de la sustancia usada para transformar a alguien en zombi y, mientras lo tuviera puesto, no podría moverse.

Heleny hizo acopio de las pocas energías que le quedaban e intentó moverse o producir algún sonido.

Nada. El indescriptible terror que sintió fue tan intenso que se sintió sudar.

Ahora no sólo no podía gritar, sino que tampoco estaba en condiciones de llorar. Esto último la hizo resignarse a su suerte y se desvaneció.

Despertó varias horas más tarde, en el mismo hospital donde la llevaron antes, pero en una cama de habitación.

Supo que, casi al momento de salir para el cementerio, la madre pidió al dueño de la funeraria –que acababa de llegar del otro extremo de la isla–, abrir el féretro para poner una medalla de oro sobre el pecho de su hija.

El hombre, al destapar la caja, se dio cuenta de que Heleny llevaba el vestido que había perdido la chica víctima del ritual de vudú.

Sin pérdida de tiempo, pidió a la madre que la despojara del vestido y llamó un médico.

Heleny demoró más de dos horas en salir del trance. Para el momento en que lo hizo, ya no estaba en la funeraria y la habían trasladado al hospital.

El dueño de la funeraria se aprovechó publicitariamente de la doble resurrección y cambió el nombre de su establecimiento, de *Campos del Cielo* a Funeraria *Los Milagros*.

MONSTRUOS DEL MUNDO

Los monstruos existen en todas las regiones del planeta. De su existencia hay incontables testimonios; tantos como opiniones –sólo opiniones–, que la niegan. Yo doy fe de que están ahí, donde menos piensas.

Siempre que hablamos de seres fabulosos pensamos y nos referimos a los del folclore europeo, principalmente –y sin saberlo–, al de Irlanda.

Tanto las hadas como los duendes, los trolls y los elfos son oriundos de esta bella y verde isla en el Atlántico Norte. De allí pasaron al resto de Europa y hoy forman parte del imaginario de la mayor parte del mundo.

Sin embargo, los irlandeses no son los únicos en contar en sus manifestaciones culturales, con seres fabulosos, algunos de ellos, monstruos.

En todos los países del mundo hay referencias a estos últimos que, en algunos casos, son híbridos entre humanos y animales y en otros solamente animales o suprahumanos.

Quienes han tenido contacto con ellos los llaman "monstruos", la mayoría de las veces sin admitir que también los hay en nuestro vecindario.

Esa palabra, *monstruo*, pretende alejar de cada quien lo que se considera negativo, malvado o grotesco, para verlo y sentirlo ajeno, nunca como propio.

Tal como entre los humanos, entre los seres fabulosos hay de todo: los muy grandes y los muy pequeños; los buenos con algo de maldad y los malos con vestigios de bondad; con colores o tonalidades blancas, grises o negras o combinaciones entre ellas; provenientes de otros lugares del universo; devoradores diversos; con o sin alas; con o sin aletas; con extremidades como las de los hombres o de otro tipo.

En esta crónica haremos referencia a varios de estos seres, algunos de los cuales aún generan temor entre quienes los conocen o han oído hablar de ellos: tales los casos de los Brownies de Escocia; el Taniwha de Nueva Zelanda; la Orejona del lago Titicaca, entre Perú y Bolivia. También el Kapila de la India; el Catoblepas de Etiopía; el Gillygaloo de los EE. UU.; el Manucodiata de las islas Molucas; el Devorador de Egipto; el Minhocao de Brasil; la Tunda de Colombia y el Salvaje de Venezuela.

Según opinan los estudiosos de la psique, los monstruos se crean por la necesidad muy humana de proporcionarle una existencia física a los miedos y angustias. De este modo, los temores dejan de ser sensaciones abstractas y pueden ser enfrentados.

BROWNIES

Los Brownies son unos hombrecitos parecidos a enanos –no a duendes–, sumamente serviciales, que aparecen en diversas leyendas escocesas. El nombre les viene por el color pardusco de su piel, que es muy parecida a la de las personas mestizas de nuestro continente americano.

Los Brownies tienen el tamaño de un niño y rostros de ancianos. Sin embargo, sus cuerpos son proporcionados, no como los de las personas de talla baja.

Aparte de serviciales, las leyendas escocesas los muestran como individuos ricos y avaros que viven en las zonas rurales, pues les molestan sobremanera el ruido y los tumultos propios de las ciudades.

Según se cuenta, aparecen de repente en las granjas de Escocia y ayudan a los humanos –a cambio de cosas que ellos quieran– a realizar las tareas domésticas durante las horas nocturnas.

Si los humanos los tratan bien y les proporcionan lo que piden, tienen en los Brownies a unos extraordinarios servidores. Pero si les incumplen, intentan engañarlos o les hacen algún daño, los castigos impuestos por ellos pueden llevar a las personas hasta la ruina.

El escritor Robert Louis Stevenson, autor de dos obras maestras de la literatura universal, como *La isla del tesoro* y *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, dijo en una oportunidad que había adiestrado a unos Brownies en el oficio literario y que, mientras él dormía, ellos le sugerían argumentos.

En esa ocasión, Stevenson indicó que, específicamente, el argumento de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* le fue insinuado en un sueño por los Brownies que vivían en su casa.

TANIWHA

El Taniwha es un ser fabuloso de la mitología maorí, de Nueva Zelanda.

Se trata de un monstruo que se alimenta de carne humana y cuyas formas resultan imposibles de definir, dado que se presenta indistintamente como cualquier animal volador o acuático, aunque la mayoría de las veces lo hace bajo la figura de un lagarto, una serpiente o un pez.

Los maoríes temen toparse con el Taniwha en los mares, los ríos, los lagos e incluso en las cascadas porque, gracias a sus poderes naturales de transformación, pueden convertirse en cualquier animal que nade, vuele o corra muy rápido, para perseguirlos y luego devorarlos.

Otras informaciones sobre este curioso ser lo muestran, en cambio, como una entidad protectora, tanto de los humanos como de ciertos lugares. Cuando se presenta en el mar, siempre lo hace como un tiburón o una ballena.

LA OREJONA

La Orejona es una mujer que, según la tradición andina en el lago Titicaca –entre Perú y Bolivia–, descendió en la isla del Sol de un objeto volador sumamente brillante, hace miles de años.

Esta mujer decía provenir de la Gran Estrella Esplendorosa, según relató en una de sus crónicas el inca Garcilaso de la Vega.

Tenía los pies como los de cualquier ser humano, pero los dedos de sus manos –que nada más eran cuatro– estaban unidos como los de las patas de las aves palmípedas.

Su cabeza era de forma ovoidal y sus orejas puntiagudas y de gran tamaño, de allí su nombre.

La Orejona venía con la misión de convertirse en la madre de la humanidad, para lo cual se hizo fecundar por un tapir.

Tuvo sesenta hijos antes de regresar a la estrella de la cual decía venir y, según la mitología del lago Titicaca, esos fueron los primeros incas.

Posteriormente, quienes decían descender de esos sesenta hijos de la Orejona, se hacían alargar los lóbulos de las orejas portando pesados pendientes.

Tales descendientes pertenecían a la aristocracia incaica y eran quienes iniciaban a ciertos elegidos en los misterios del culto.

Esta leyenda se halla escrita sobre el frontón de la Puerta del Sol en Tiahuanaco, Bolivia, junto a la imagen del dios Viracocha.

KAPILA

Kapila es un ser fabuloso de la India, con forma de pez de cien cabezas.

Originalmente, fue un asceta brahmánico, es decir, un seguidor del hinduismo y, en especial, de Brahma, el dios creador del universo según esta religión.

Tras lograr una gran comprensión de los principales textos sagrados indios –esto es, de los *Vedas*–, Kapila se tornó vanidoso y nada caritativo pues, cuando se topaba con alguien no tan erudito como él, le llamaba *cabeza de mono*, *cabeza de cerdo* o cabeza de algún otro animal que en ese momento le viniera a la mente.

Como castigo a esta falta de humildad y caridad, a su muerte, Kapila fue transformado en el pez monstruoso de cien cabezas que es hoy. Tales cabezas son, una de mono, la segunda de cerdo y otra de cada uno de los animales que invocó para insultar a sus congéneres.

Lo sucedido a Kapila tiene como propósito servir de escarmiento y enseñanza karmática a quienes, como él, se vuelven vanidosos y maltratan a quienes consideran inferiores.

EL CATOBLEPAS

El Catoblepas es una fiera de tamaño mediano y de andar perezoso, según las palabras de Plinio el Viejo, quien lo describió en su *Historia Natural*, en el siglo I de nuestra era.

La cabeza de este ser quimérico es tan pesada, que el animal a duras penas puede transportarla y, habitualmente, la lleva inclinada hacia la tierra.

"Si no fuera por esta circunstancia –apuntó entonces Plinio–, el Catoblepas acabaría con el género humano, porque todo hombre que le ve los ojos cae muerto".

En el siglo XIX se refirió a él nada menos que el naturalista francés George Leópold Cuvier, quien señaló que la descripción del Catoblepas correspondía al ñu, una especie de antílope africano poseedora de un gran cabeza.

Según Cuvier, dicha descripción estaba contaminada por las fábulas griegas en torno a las gorgonas y el basilisco.

GILLYGALOO

En Minnesota y Wisconsin, EE. UU., se creó en el siglo XIX una especie de mitología local, de la cual formaban parte diversos seres curiosísimos. Uno de ellos es un pájaro que, según los leñadores de ambos estados, habitaba en las laderas de las montañas de mayor altura.

La característica más asombrosa de esta ave era que ponía huevos cuadrados, para evitar que rodaran por las pendientes o se perdiesen.

Sin embargo, ello no impidió que los leñadores los usaran para preparar tortillas y revoltillos o para pintarles puntos en sus seis lados y utilizarlos como dados, según las múltiples leyendas que aún se conservan.

Sobre el Gillygaloo y otros seres fabulosos de esa mitología local de los campos y bosques de Minnesota y Wiscosisn, todavía circulan diversas historias, todas tan exageradas que muy pocos las creen.

EL MANUCODIATA

El Manucodiata o "Ave de Dios" es un pájaro fabuloso que, según los naturalistas europeos del siglo XVI, habitaba en el archipiélago indonesio de las Molucas.

Esta ave era del tamaño de una golondrina y tenía varias plumas doradas en la cabeza.

Su mayor peculiaridad era que carecía de patas por lo que para descender a tierra o detenerse a descansar en las ramas de los árboles debía colgarse de las plumas.

Aparte de eso, contaban las leyendas molucas, el Manucodiata macho contaba con una cavidad en el lomo, donde la hembra ponía los huevos y los incubaba.

Según relata una crónica del siglo XVI, el rey Carlos IX de Francia llegó a poseer un ejemplar de esta ave y uno de los más célebres médicos de esa misma centuria, el también francés Ambroise Paré, no sólo dijo haber visto el ave que el rey poseía, sino que señaló haber tenido una él también.

Lo asombroso de este testimonio es que Paré se considera una de las mentes científicas más lúcidas de su tiempo.

En nuestros días, el nombre *manucodiata* se aplica de manera genérica a todas las llamadas *aves del paraíso* que habitan la isla de Nueva Guinea, al norte de Australia, y se caracterizan por el vistoso y colorido plumaje nupcial de los machos.

EL DEVORADOR

El Devorador era un animal fabuloso relacionado con el dios egipcio Osiris.

De acuerdo a la mitología de ese país bañado por el río Nilo, las personas, al morir, debían comparecer ante un tribunal compuesto de 42 jueces y presidido por el mismo Osiris, en el cual se les sometía a juicio.

Allí se mostraban los actos positivos y negativos cometidos en vida por la persona y, si se concluía que su existencia había sido más dañina que beneficiosa, se le sometía a varios castigos, uno de los cuales era ser entregado a *El Devorador*, un ser mezcla de hipopótamo, cocodrilo y león.

Este monstruo procedía entonces a comerse a la persona y a provocarle *una segunda muerte*, de la que ya jamás podría recuperarse.

Con el tiempo, la leyenda sobre El Devorador cambió en cuanto a ciertos detalles, como el número de jueces participantes en el juicio junto a Osiris, pero mantuvo su razón de ser moral, que era amedrentar a los egipcios para que evitaran los comportamientos negativos en su vida.

MINHOCAO

En la cuenca amazónica brasileña se da el nombre de Minhocao a una serpiente de gran tamaño que, al decir de los indígenas que habitan la región, cuando se sumerge en las aguas del Amazonas hace que el río crezca.

Han sido muchos los testimonios de serpientes enormes que han sido vistas en las riberas del gran río sudamericano, pero ninguna tan grande como para desbordarlo tras una inmersión.

Para los estudiosos se trata de exageraciones en torno a la anaconda, la enorme serpiente constrictora que habita en la cuenca amazónica y en la mayoría de sus ríos tributarios tanto de Perú, como de Ecuador, Colombia, Brasil y Venezuela.

Hasta donde se sabe, las anacondas de mayor tamaño que han sido capturadas no pasan de los ocho metros, aunque se han reportado de casi doce y catorce, en otras oportunidades.

Los indígenas amazónicos aún temen al Minhocao, no tanto porque este pueda devorarlos, sino por las desgracias ocasionan que las crecidas del gran río.

LA TUNDA

La Tunda es un ser femenino del folclore afrodescendiente de la costa pacífica, tanto de Colombia como de Ecuador.

Ha sido descrita como una mujer monstruosa, uno de cuyos pies está muy deformado, debido a que se comporta como un molinillo, esto es, que gira permanentemente con miras a hipnotizar a sus víctimas.

Este ser fabuloso atrae a los niños desobedientes o que se portan mal, así como a los hombres parranderos. Cuando se le acercan, ella se aleja y, de este modo, va llevando a sus presas hacia la selva.

Para ello, no sólo hace rotar su pie contrahecho, sino que además imita las voces de los seres queridos de sus elegidos, con miras a extraviarlos.

EL SALVAJE

En los estados occidentales de Venezuela existe un ser legendario al que se conoce como El Salvaje. Se trata de un híbrido de humano y simio, de pelaje rojizo, como el Yeti del Himalaya, o el Pie Grande de EE. UU., y Canadá.

El Salvaje raptaba a las muchachas que le gustaban y las llevaba a la cueva que le servía de vivienda. Allí las dejaba embarazadas y, mientras esperaba que dieran a luz, les lamía los pies hasta llegar a gastárselos.

Nadie sabe cómo se enteraba de la existencia de determinadas jóvenes, pues nunca se le vio en ninguna ciudad o pueblo, ni de Lara, Trujillo, Mérida, Barinas, Táchira o Zulia, los estados en cuyas zonas boscosas fue observado. Su presencia se limitaba a pequeños pueblos cubiertos en ciertas horas por la niebla.

Actuaba a medianoche o poco después de esa hora, introduciéndose en las casas y llevándose cargadas a las muchachas que quería. Algunas personas mal informadas sostienen que sólo le interesan las mujeres embarazadas, pero esta es una malformación de la leyenda original.

Quienes llegaron a perseguirlo coincidieron en que era muy veloz pese a su carga y que se deslizaba en la vegetación como si corriera en terrenos llanos.

Cuando las jóvenes raptadas daban a luz, según unas versiones, El Salvaje se comía al recién nacido. Según otras, los criaba y les enseñaba cómo vivir en los bosques y selvas, sin acudir a los humanos.

En cuanto a las madres de tales niños, tan pronto tenían sus crías, las liberaba cerca de algún camino concurrido. Al ser halladas, iban directo a los manicomios, pues habían perdido el juicio, además de sus pies.

Desde los años cincuenta del siglo XX, no se tiene ningún nuevo testimonio de la existencia del Salvaje, pero su leyenda no para de extenderse por el territorio venezolano, e incluso más allá.

LA SOGA INDIA

Ibn Battuta, uno de los más grandes viajeros de la historia, presencia en China el truco de magia más extraordinario que se ha realizado. En el mismo, un niño es descuartizado a la vista de todos los asistentes.

El 13 de junio de 1325, un joven musulmán de 22 años salió de la ciudad marroquí de Tánger, en peregrinación a La Meca y a Medina.

Tenía el kilométrico nombre de Shams as-Din Abu Abd Allah Muhammad ibn Muhammad ibn Ibrahim al-huwati at-Tanyi. La historia, sin embargo, lo conoce como Ibn Battuta y, durante siglos, se le consideró el mayor viajero del mundo.

El viaje de Ibn Battuta no se limitó a su destino original, las ciudades sagradas de La Meca y a Medina –ambas pertenecientes hoy a Arabia Saudí–, sino que se extendió por todo el mundo musulmán de su tiempo y duró 24 años.

El relato de su recorrido de más de 120.000 kilómetros figura en el libro de crónicas titulado *La Rilha*, que no fue escrito por Battuta, sino por el estudioso granadino Ibn Yuzayy.

Ibn Battuta contó a Yuzayy las vivencias de su colosal periplo, entre las cuales se cuenta un episodio que, aún en nuestro tiempo, resulta escalofriante.

LA NUBE QUE SERVÍA DE ESCONDITE

Ocurrió en Hangzou, China, en 1346.

Ibn Battuta se había enterado de la existencia de un acto supuestamente mágico que él no sólo quiso presenciar, sino también demostrar que era un truco.

Dicho acto era conocido como La soga india, debido a que se había originado en la nación de los faquires.

Se trataba de un acto asombroso, no nada más por lo macabro de su realización, sino por su increíble desenlace.

Battuta lo presenció en un mercado, al aire libre, y rodeado de curiosos.

Cuando el gran viajero llegó, en el lugar se encontraban un faquir, un niño, una soga, una espada y una cesta.

Al cabo de un rato, el faquir se colocó frente a la soga, que formaba círculos concéntricos sobre la tierra.

Mediante una invocación hecha en un idioma tan antiguo que ninguno de los presentes conocía alguna palabra, logró que la cuerda se levantara lentamente, como una serpiente que hubiese estado dormida.

Al llegar a cierta altura –algo más de dos metros y medio–, la soga se puso rígida, en posición vertical.

Mientras la cuerda se alzaba, en su extremo superior se fue formando una nube blanca muy densa, de unos cinco o seis metros de diámetro. Esta nube era tan espesa que parecía ser muy pesada, como si en vez de agua contuviera hielo.

Con un gesto sin lugar a dudas ensayado, el faquir trató de empujar la soga hacia un lado, pero esta se mantuvo firme, tal como si la hubieran confeccionado con piedras.

A continuación, invitó a dos de los presentes a que también lo intentaran y tampoco pudieron.

Para Battuta, esto último era parte del truco y le pareció evidente que los dos testigos estaban de acuerdo con el faquir.

Sin embargo, lo que ocurrió a continuación hizo dudar al gran viajero.

EL NIÑO DESCUARTIZADO

A una indicación del faquir, el niño –que había permanecido quieto, junto a la cesta– subió por la soga con gran agilidad, hasta desaparecer por completo en el interior de la nube.

El faquir, entonces, se inclinó con cierto dramatismo, tomó la espada, la mostró al público y subió también. Al llegar al final de la cuerda erguida, se desvaneció en la nube, igual que el niño.

Pasaron unos instantes y, de repente, desde un extremo de la nube, comenzaron a caer a tierra los miembros ensangrentados del niño, todos limpiamente cortados.

Primero fue un brazo, luego otro. Después, una pierna, la otra. Más adelante, el tronco, y, por último, la cabeza.

Tan pronto cayó el primer brazo, varias de las personas presentes gritaron. No sólo mujeres sino también hombres. Otras se cubrieron los ojos o se desmayaron. Algunas corrieron despavoridas, como si las persiguiera un espanto o un monstruo de gran tamaño.

Todas las porciones del niño fueron cayendo con enorme puntería en la cesta, una sobre la otra, dejando escapar gotas de sangre que manchaban la tierra alrededor y las ropas de los espectadores cercanos.

Ibn Battuta seguía pensando que se trataba de un truco y que él podía demostrar que lo era. Un truco muy bien hecho, pero sin duda alguna un truco.

Lo pensó hasta que la cabeza del niño impactó las partes restantes de su fragmentado cuerpo.

Aquella era verdaderamente la cabeza del niño, pues conservaba tanto el terror en los ojos como las contorsiones de dolor al serle amputadas sus extremidades.

El conjunto en la cesta era macabro. Y coronado por la pequeña cabeza cercenada de la cual goteaba sangre mucho más.

Los presentes que quedaban –Ibn Battuta entre ellos– se miraron atónitos unos a otros. Nadie, sin embargo, fue capaz de traducir su desconcierto en palabras pues estas se acumulaban en la garganta, como si se hubieran engrosado tanto que les resultaba imposible salir.

El gran viajero observaba todos los miembros mutilados y estaba seguro de que formaban parte del niño que minutos antes estaba sentado a pocos metros suyos. Los «despojos sanguinolentos eran genuinos y lo que él había creído un truco, por lo visto, no lo era.

Repentinamente, sus pensamientos fueron interrumpidos cuando los pies del faquir reaparecieron en la confluencia de la soga y la nube. A esta imagen la siguió el cuerpo entero del faquir, que descendió por la soga portando en la mano izquierda la espada ensangrentada.

Una mujer, que había huido del lugar, cuando cayó el primer brazo, gritó con gran sentimiento y desde una distancia de más o menos treinta metros:

—¡Asesino!

El faquir no se inmutó. Al alcanzar el suelo, limpió la sangre del filo de la espada con una tela que llevaba atada a la cintura. Luego y con gran parsimonia caminó hasta la cesta, la tomó por las asas y la alzó.

Tras un tiempo que a todos los que allí se hallaban les pareció un fragmento de eternidad, le dio vuelta.

De la cesta y en medio de un murmullo de alivio y admiración, cayó el niño intacto, como si su desmembramiento nunca hubiera ocurrido.

EL TRUCO IRREPETIBLE

Durante siglos, muchas personas han intentado explicar cómo se hacía el acto de la soga india y reproducirlo, pero nadie ha podido hacerlo satisfactoriamente.

Se ha hablado de escenarios preparados, con juegos de luces, espejos y compuertas similares a los usados por los ilusionistas de hoy, pero tales explicaciones olvidan dos detalles básicos.

Uno, que gran parte de los elementos de que disponen los ilusionistas actuales dependen de la electricidad, incluso los electrónicos. Dos, que el espectáculo al que asistió Battuta se realizó en un mercado, al aire libre y a la luz del día, rodeado de curiosos por todas partes.

Debe tomarse en cuenta, además, que el propio Battuta indicó en su relato que no había descubierto truco alguno en la ejecución del sangriento acto y que, tras haberlo presenciado, no alcanzaba a explicarse cómo lo hacían.

El truco se presentó muchas veces en escenarios parecidos, en diversas partes del mundo, pero, a partir de cierto momento, se le dejó de ver y hoy hay quien lo considera una leyenda urbana e, incluso, una alucinación colectiva.

Lo cierto es que el secreto de su puesta en práctica se perdió, pues no se ha vuelto a ver, como lo hemos descrito, desde hace más de mil quinientos años.

Se han hecho versiones, pero estas sólo se han limitado a lograr que la soga se ponga erecta y que alguien trepe por ella hasta su extremo superior. Ni se forma la nube, ni nadie

asciende por la cuerda, ni mucho menos se descuartiza a una persona.

Esa otra parte, la que hizo que este acto resultara tan fascinante en el siglo XIV y en las centurias siguientes, nadie sabe cómo resolverlo en nuestros días. Tanto el faquir que lo realizó como otros ilusionistas que también lo ejecutaron a la perfección se llevaron el secreto al más allá.

MORDISCOS DE UN SER INVISIBLE

Una joven filipina de diecisiete años es víctima de un monstruo de dos metros, con pelaje rojizo, que la muerde durante dos días y al que sólo ella puede ver. A la agresión se suma un segundo monstruo más pequeño, pero igualmente violento.

Ocurrió la tarde del diez de mayo de 1951, en Manila, la capital de Filipinas.

Hacía mucho calor. Sobre el mar, se agolpaban varias nubes oscuras y, de vez en cuando, se escuchaban truenos lejanos.

La luz del sol llegaba oblicua, como si hubiera pasado por un prisma que no sólo la desviase, sino que también la llenase de polvo. Bajo esa iluminación sucia, estaba a punto de ocurrir una agresión inusitada.

Dos agentes de policía que iban en un carro patrulla recibieron una llamada. Debían trasladarse a la entrada de un bar, a la orilla de la playa, donde se reportaba un alboroto.

Hacía poco que tenían el carro patrulla y todavía fascinaba a ambos agentes encender la sirena y las luces giratorias, mientras se desplazaban a gran velocidad por las calles.

Como aún las sirenas de patrullas o bomberos no eran comunes, la gente se asomaba a las ventanas y los balcones de las casas y edificios, y se detenía en las calles para ver pasar los autos que se dirigían a la escena de un crimen o un incendio.

Cuando los agentes llegaron, vieron a un grupo de personas que rodeaba a una joven, mientras ella se revolcaba por la acera, al tiempo que gritaba:

–¡Quítenmelo! ¡Me está matando!

La joven parecía ser víctima de un ataque, pero por ninguna parte se veía al asaltante. Muchos de los testigos, especialmente hombres, querían intervenir, pero no sabían qué hacer.

Cada tantos segundos, en los brazos y piernas de la joven aparecía una nueva marca roja, similar a la de un mordisco. Su ropa presentaba varios desgarrones.

Al principio, los dos agentes se quedaron paralizados, igual que todos los presentes, contemplando la escena, pero reaccionaron casi simultáneamente y acudieron en auxilio de la muchacha.

NUEVOS ATAQUES

Entre ambos y con mucha dificultad, debido a las contorsiones de la joven, la subieron al coche patrulla, pero allí tampoco cesaron los ataques.

—¡Aaaay! ¡Aléjenlo de mí! ¡No aguanto el dolor! –gritaba ella sin cesar.

En las extremidades seguían surgiendo las manchas rojizas y de algunas de ellas brotaba sangre.

No sabiendo qué hacer, ni adónde llevarla, los agentes se dirigieron a la comisaría. Al llegar allí, identificaron a la joven mujer como Clarita Villanueva, nacida allí mismo, en Manila, hacía diecisiete años.

Nada más ver el estado en que tanto ella como su ropa se encontraban, el comisario de guardia desestimó el informe oral de los agentes y consideró a Clarita Villanueva una prostituta borracha.

El vestido que llevaba la joven estaba lleno de polvo y arena, además de contar con múltiples rasgaduras, producto todo ello de haberse arrastrado su dueña por la acera y al comienzo de la playa.

Sin detenerse a apreciar lo extraño del asunto, el comisario ordenó que la encerrasen en una celda.

De nada sirvieron los clamores de súplica y dolor de Clarita. Uno de los agentes que la habían llevado a la comisaría –pese a no estar de acuerdo con la medida– la tomó de un brazo y la condujo a los calabozos individuales.

Antes de que la metieran en la celda, Clarita Villanueva describió a su invisible agresor: tenía el cuerpo cubierto de pelo rojizo, media casi dos metros de alto y tanto sus ojos como su mirada eran intensamente verdes.

Por supuesto, como únicamente ella lo veía, nadie creía en sus palabras. Ni siquiera los agentes que habían presenciado parte de la agresión.

DIAGNÓSTICOS PREJUICIADOS

Ya en el interior de la celda, Clarita Villanueva fue acometida de nuevo.

Las huellas de los mordiscos aparecían otra vez, pero ahora no sólo en los brazos y las piernas, sino también en el cuello, la nuca, la espalda e incluso la cara. También surgieron trazos de saliva en los bordes de las mordeduras.

Los gritos de la joven se tornaron tan estremecedores que conmovieron a los dos agentes. Ambos entraron a la celda para tratar de socorrerla.

Cada uno se ubicó a un lado de ella y, aunque ninguno pudo hacer algo más que extender los brazos hacia la joven, esto hizo que cesaran momentáneamente los ataques.

Otro agente, que presenció el extraño episodio, se ofreció a buscar al médico de la comisaría y, mientras iba y volvía, los dos agentes permanecieron junto a la agredida.

Minutos después, el médico llegó a la celda. Se llamaba Mariano Lara.

Tras revisar a Clarita, el doctor Lara llegó a conclusiones erróneas: según su parecer, las mordidas se las había hecho ella misma, en medio de un ataque de epilepsia.

Uno de los agentes expresó sus dudas ante el diagnóstico, dado que la joven no pudo morderse el cuello, la nuca, los codos, ni la espalda, pero el médico mantuvo su absurdo diagnóstico.

Ni siquiera tomó en cuenta la saliva o lo que fuera el líquido transparente que segregaba el monstruo al morderla.

Como vieron que la joven ya no gritaba, los agentes y el médico se apartaron de ella.

—¡No se vayan! –rogó la joven–. ¡Todavía está aquí!

Clarita señalaba un rincón de la celda donde no se veía nada y el médico comentó sarcástico:

—Histeria. Pura histeria.

Por segunda vez alguien ofreció un diagnóstico equivocado.

De improviso, recomenzaron los mordiscos.

Como si le dispararan balas dentadas, en los muslos, los antebrazos y los hombros, fueron apareciendo nuevas marcas de mordidas.

Fracciones de segundo antes de que las huellas de dientes fueran visibles, ella arqueaba el lugar donde a continuación se revelaba la herida.

—¡Ya basta! ¡Ayúdenme! ¡Hagan algo! –gritaba, a la vez que trataba de escapar en el pequeño espacio de la celda.

Al fin, no hallando dónde ocultarse, ni hacia dónde huir, se echó al suelo boca arriba y trató de cubrirse el rostro con los brazos. A la par, pataleaba intentando golpear a su agresor,

pero este parecía inmune a las patadas, pues seguía mordiéndola sin tregua.

Ahora sí, el doctor Lara se convenció de que, aunque inverosímil, lo que estaba sucediendo era real.

Él y los dos agentes entraron de nuevo en la celda y rescataron a la joven.

El médico fue hasta un teléfono y habló con un colega de un hospital. Este envió de inmediato una ambulancia a recoger a Clarita.

Un rato más tarde, ya camino al hospital, Clarita fue atacada otra vez. En esta ocasión, no por uno sino por dos seres invisibles.

–¡Son dos! ¡Ahora son dos! ¡Aaaay! ¡Duele mucho! ¡No soporto el dolor! ¡Aaaay!

Describió, entre gritos, a su segundo agresor, señalando que era más pequeño que el otro. Medía metro y medio y también tenía los ojos verdes.

De este ataque fueron testigos el conductor de la ambulancia, el enfermero que lo acompañaba y uno de los agentes de policía, que había ido en calidad de custodio.

Cuando llegaron al hospital, los monstruos seguían mordiendo a Clarita, sin importarles que el agente y el enfermero trataran de impedírselo.

El médico que la recibió también vio cómo brotaban las marcas rojas de las dentaduras monstruosas en el cuerpo de Clarita Villanueva y, en algunas heridas, sangre. Ya no pequeñas gotas, sino flujos que corrían sobre la piel de la joven.

En los próximos dos días, hubo otros dos nuevos ataques a Clarita, en la sala del hospital donde fue recluida. De ellos fueron testigos muchas personas, entre médicos, paramédicos y pacientes.

Cuando ocurrieron, alguos de los presentes buscaron intervenir, pero nada detenía al par de monstruos.

Cuando comenzaron los ataques, Clarita Villanueva era una chica normal, de rostro redondo aunque de contextura delgada. Dos días más tarde era una joven repleta de cardenales en la piel y cubierta de vendas, con los ojos desorbitados, en espera de nuevas apariciones de los hombres de pelo rojizo.

Pero, luego de estos dos días, y del mismo repentino modo como empezaron, las agresiones cesaron para siempre.

UN MISTERIO INSOLUBLE

Clarita pasó seis semanas en el hospital, restableciéndose de sus heridas, algunas de las cuales se le habían infectado.

Desde su salida hasta varios años más tarde, la joven filipina fue acosada por pesadillas en las que era atacada nuevamente por los seres de pelaje rojizo.

Este episodio ha sido objeto de múltiples interpretaciones, entre ellas, la de quienes alegan que la joven filipina fue atacada por demonios, debido a que su madre practicaba el espiritismo. El propósito de dichos monstruos sería castigar la vida supuestamente pecadora que Clarita llevaba, con lo que se han hecho eco de la errónea apreciación del comisario.

Otros se refieren al suceso –que en su momento tuvo cobertura mundial de prensa, algo no muy común en 1951– como un claro ejemplo de posesión diabólica, de un *poltergaist* y hasta de una paranoia llevada a su nivel más perturbador.

Dejo de última otra interpretación que encontré cuando me preparaba a escribir esta crónica.

Según quienes la proponen y sostienen, Clarita Villanueva fue víctima de un ataque de reptilianos extranjeros, cuyo

odio hacia el género humano lo manifiestan con agresiones de este tipo.

Los reptilianos serían náufragos siderales llegados hace 800.000 años a nuestro planeta, desde el sistema solar Draco.

La mayoría de ellos se habría quedado en la tierra y construido una civilización de la que, por su antigüedad, apenas quedan restos.

En nuestros días, los reptilianos –llamados así por su apariencia de hombres lagarto– comparten el planeta con nosotros.

Viven en ciudades subterráneas a las que no tenemos acceso. La mayoría de ellos son pacíficos y no les importa permanecer bajo tierra. Pero otros, los llamados reptilianos *extranjeros* –como los que habrían mordido a Clarita Villanueva– han llegado después y sostienen que el planeta les pertenece.

Los reptilianos extranjeros serían enemigos declarados de la humanidad y se les considera responsables de gran parte de las desapariciones de personas en todo el mundo y de los ataques al ganado vacuno y otros animales que se adjudican al chupacabras.

Quienes hablan de ellos apuntan que los reptilianos coinciden en todos los detalles señalados por Clarita Villanueva, al referirse a sus atacantes: tienen el pelaje rojizo, los ojos verdes y son invisibles para los humanos, porque se mueven en una dimensión paralela. Ellos, en cambio, sí nos ven y tienen la capacidad de poder agredirnos.

Me he extendido sobre esta última teoría porque es tan asombrosa como los hechos que he contado.

¿Cuál fue la verdad en este caso? Por ahora, nadie lo sabe.

TRASPASO

Dos niñas españolas encuentran una muñeca enterrada. La muñeca es muy extraña: tiene la cara contraída de dolor, como si un padecimiento mortal la carcomiera por dentro.

Una no tan fría tarde de noviembre, poco más de media hora después del almuerzo, Marta y Belén, dos niñas de diez años, salieron a un campo cercano a recolectar muestras de tierra para un trabajo de su clase de Biología.

La tarea consistía en reunir porciones de los suelos de la zona para establecer las semejanzas y diferencias entre ellas.

En principio, planearon dirigirse al descuidado Camino de los Arrieros que unía y une su pueblo Montejícar –en la provincia de Granada– con el poblado de Arbuniel, perteneciente a Jaén, la provincia vecina.

Cuando enteraron a sus padres de la idea, estos les indicaron que dicho camino, aunque antiguamente era muy transitado, en la actualidad era peligrosamente solitario. Tanto que incluso los carreteros más experimentados lo rehuían.

Las niñas no insistieron. A una de sus compañeras sus padres le habían dicho lo mismo.

Aunque pobre en tipos de tierra, optaron por buscar las muestras a los lados de la asfaltada y empinada calle que lleva hasta la ermita de la Virgen de la Cabeza de Montejícar.

Dicha ermita corona una cumbre no muy alta desde la que se ven las casas –la mayoría de fachada blanca– con sus techos rojos. En las laderas y en los montes cercanos, largas filas de olivos, productores de la muy apreciada aceituna y el aceite de oliva de la zona, dan la impresión de un ejército vegetal en formación para un desfile.

Belén y Marta recordaban cómo, en invierno, las copas de esos retorcidos árboles amanecían blancas tras las nevadas, como si los hubieran rociado con azúcar glaseado.

Ambas eran vecinas y estudiaban juntas. Habían nacido en Montejícar y, salvo una que otra vacación, sus vidas habían transcurrido enteramente en el pueblo.

Como seguían siendo niñas, fueron a hacer una cosa y terminaron haciendo otras. En lugar de recoger las muestras y llenar con ellas las pequeñas bolsas de papel que llevaban, se entretuvieron aquí y allá jugando, charlando y riendo de asuntos que sólo tenían gracia para ellas.

En cierto momento se detuvieron a merendar. Aunque acababan de comer, cuando salieron, la caminata y la sensación de gran aventura les abrieron el apetito.

Aunque habían recorrido el camino muchas veces, durante el traslado de la Virgen de la Cabeza desde la iglesia parroquial de San Andrés hasta la encalada ermita, ahora sentían como si cumpliesen una misión.

Una brisa gélida las hizo tiritar de un momento al siguiente, pero, en lugar de incomodarlas, les provocó risa. Cerraron, sin embargo, sus abrigos y sólo entonces se dieron cuenta de que la temprana noche otoñal se les venía encima.

Aún no oscurecía, pero no tardaría en ocurrir la diaria suplantación del cielo claro por el firmamento oscuro, espolvoreado de distantes y anónimos brillantes.

Rápidamente, se dedicaron a buscar las muestras. En el lugar donde se hallaban, la tierra era reseca y abundaban los terrones que se deshacían al pisarlos.

Como siempre pasa cuando se emprende una tarea sin saber con exactitud qué hacer y, para colmo, a toda prisa, ninguno de los puñados que tomaban les parecía adecuado para lo que su maestra les había pedido. Tan pronto agarraban uno, lo devolvían al suelo y blandían otro.

De pronto, Marta soltó un grito. Belén estaba de espaldas a ella, a unos cuatro metros. Sin embargo, al oírla, se sobresaltó y dejó escapar otro grito.

LA MUÑECA QUE CAMBIABA DE ROSTRO

Cuando se volvió, pudo ver que Marta se estaba incorporando. Entre sus manos aferraba una terrosa muñeca trajeada con un vestido blanco, similar al de las novias o las jóvenes que comulgaban por primera vez.

Tenía el cabello rojizo, pero de un rojo irreal, como el de un hígado metálico. La cara era la normal de las muñecas, con ojos azules grandes y la boca muy roja.

Cuando se la mostró a su amiga, el rostro de la muñeca cambió por completo. Se contrajo en un gesto de dolor, como si Marta la hubiera apretado muy fuerte y estuviese a punto de destriparla.

A decir verdad, el rictus de contracción facial de la muñeca sólo podía explicarse por algo imposible de ocurrir: que un padecimiento mortal la estuviera carcomiendo por dentro. Pero era una muñeca y estas carecen de órganos vitales y sensibilidad nerviosa.

Los ojos se le habían cerrado con tanta fuerza como si los párpados se le hubiesen encajado uno en otro. Los labios se

habían crispado, igual que en una convulsión, y el ceño llenado de extrañas arrugas, tal como si en razón de un gran sufrimiento hubiese envejecido decenas de años en un segundo.

Además, cuando Marta la extrajo de la tierra era muy liviana. Pero en instantes su peso aumentó al tiempo que su abdomen se fue hinchando y dando la impresión de que podría estallar en cualquier momento.

Marta quiso soltarla, pero la muñeca se había pegado a su mano izquierda. Intentó desprenderla agitando fuertemente la mano, pero esto tampoco funcionó. Cuando la tomó con la derecha, la muñeca se partió en dos mitades, a la altura del estómago.

Del interior del juguete brotó una legión de retorcidos gusanos y un hedor a humedad como el que sale al encuentro de quien ingresa en una tumba cerrada desde hace cientos o miles de años.

Pero no fue esto lo único que emergió de la muñeca. También lo hizo un enjambre de insectos transparentes, voladores, que ninguna de las niñas había visto nunca. Este enjambre fantasmagórico esparció alrededor de ambas un torrente de frío, igual que un ventarrón al inicio de una gran tormenta.

Belén permaneció muda y estática observando todo, como quien asiste a una obra de teatro. Algo sobrenatural había paralizado su voz y sus músculos. Pero al sentir la onda helada fue como si la hubiese despertado un bofetón glacial.

Al sentirse liberada, se incorporó y le gritó a Marta, con tono imperativo:

—¡Ya, suéltala!

Marta lidiaba, entretanto, con la mitad de la muñeca que seguía adherida a su mano y desde la cual decenas de gusanos ascendían por el brazo hasta su cuello. Varios de los insectos

traslúcidos giraban alrededor de la cabeza de la niña, como anillos planetarios.

—¡Suéltala! –vociferó Belén de nuevo, otra vez sin resultados.

Entonces tomó una rama seca que se hallaba cerca. Con ella golpeó la parte superior de la muñeca y logró que se desprendiera de la mano de su amiga. Como si estuvieran gobernados por la misma instrucción, también los insectos abandonaron sus circunvoluciones y cayeron al suelo.

—¡Corre! –le ordenó a Marta, que obedeció al segundo.

UNA MUERTE Y UNA CURACIÓN INCOMPRENSIBLES

Ambas huyeron en principio hacia la ermita, pero Belén tomó una mano de su amiga y la guió en dirección al pueblo.

Apenas habían recorrido cincuenta o sesenta metros, cuando Marta se fue en vómitos.

Belén retrocedió y la sostuvo por los brazos y la frente –como había visto hacer a su madre en una ocasión similar–, pero Marta no parecía terminar nunca. Expulsaba una sustancia rojiza semejante a la sangre, junto a lo que acababan de comer y cuanto habían comido un rato antes.

Cuando al rato pasó la crisis, Belén ayudó a su vecina a incorporarse y luego a caminar, a paso rápido, hasta el pueblo.

Sin embargo, a menos de treinta metros más adelante, Marta volvió a vomitar. Y lo hizo dos veces más antes de llegar al comienzo de la vía.

Esta vez Belén pidió auxilio y varios vecinos acudieron a ayudarlas. Dos hombres cargaron a Marta, cuyas arcadas seguían estremeciéndola, aunque ya solamente expulsaba saliva.

En una de las casas llamaron a los padres de Marta y uno de quienes la cargaban la subió a su *jeep* y pasó a buscarlos, para luego poner rumbo al Hospital de San Rafael, en la ciudad de Granada, a 45 kilómetros de Montejícar.

La angustia pareció multiplicar la distancia y, cuando llegaron a destino, daba la impresión de haber transcurrido toda una vida.

Marta ingresó lívida y en tan mal estado que, sin pérdida de tiempo, la llevaron a la UVI (Unidad de Vigilancia Intensiva).

Allí, y pese a la atención de médicos y enfermeras, la niña fue languideciendo en los siguientes horas, tal como si fuera víctima de una enfermedad terminal.

Belén, entretanto, contó lo que había sucedido y, aunque nadie puso en duda sus palabras, ni tampoco dijo creerle, tuvo la impresión de que la mayoría estaba al tanto de algo que no querían compartir. De que sabían qué le había pasado a su amiga y no se atrevían a hablar.

La policía envió dos agentes al lugar donde señaló que habían hallado la muñeca, pero ambos retornaron en silencio y nunca contaron si encontraron o no las dos mitades.

Marta murió al tercer día, entre gritos y espasmos, acometida por dolores abdominales tan fuertes que ningún remedio la aliviaba. Pese a estar en un ambiente frío, no dejó de sudar en ningún momento. De sudar y tener arcadas profundas.

No dejaron que Belén la viera. Marta pasó sus últimas horas aislada en una sala especial para quienes se habían contagiado de alguna enfermedad desconocida o de vertiginosa transmisión.

La autopsia reveló la presencia de un enorme tumor maligno en el estómago que, según su desarrollo, tenía al menos dos años creciendo. Por su tamaño, sin embargo, no

pudo progresar sin que la niña mostrara síntomas, pero en público no se dijo nada al respecto.

Sobre la brusca muerte de Marta se alzó un muro de silencio, pero Belén se propuso, entonces y en los años siguientes, descubrir qué había pasado.

Hasta el momento de ascender a la cumbre de la ermita, su amiga y vecina había gozado de perfecta salud y nada hacía pensar que su vida –salvo en caso de accidente– pudiera extinguirse con tanta rapidez.

No tenía dudas de lo que había presenciado y, cuando intentaba evocarlo en busca de respuestas, tanto su familia como los vecinos eludían el tema o le daban la espalda.

Consultó con varios compañeros y compañeras de clases, e incluso con la maestra de ambas, pero fue en vano. Algunos niños trataron igualmente de obtener alguna luz en el asunto, pero se toparon con un mutismo idéntico.

La búsqueda obsesionó tanto a Belén que la condujo en los años siguientes a cientos de bibliotecas en España y otros países, pues intuyó que por vías vecinales o académicas no obtendría lo que buscaba. Entonces no existía internet y sólo se obtenían informaciones en libros, periódicos y revistas.

Debieron pasar más de veinte años para que, mientras esperaba en una peluquería el turno para que la atendieran, hojeó una revista esotérica. En esta había un artículo destinado a personas con enfermedades terminales.

Quien escribía recomendaba lo siguiente:

«El que tenga un mal incurable y quiera su cura que fabrique o compre una muñeca y la entierre, mientras entona la invocación que se expone en la página siguiente. Su enfermedad quedará atrapada en la muñeca. Pero el primero que la encuentre recibirá la enfermedad y morirá, salvo que haga este mismo ritual».

La articulista ponía dos ejemplos de la infalibilidad del recurso: uno, el de un hombre de Oviedo que tenía un trastorno hepático incurable y había traspasado su mal, mediante un muñeco, a otro hombre que había fallecido un mes más tarde.

El segundo ejemplo condujo a Marta al consultorio de un psicólogo, primero, y al de un psiquiatra después, ya que hablaba del caso de una mujer con cáncer terminal de estómago que había mandado a enterrar una muñeca y, justo cuando estaba más desesperada por el dolor y esperando morir, sanó por completo.

El artículo no especificaba, como en el primer ejemplo, quién había contraído la enfermedad, pero sí decía dónde la enferma hizo enterrar a la muñeca: "en un campo de Montejícar, Granada".

LA CAFETERÍA

En un momento de enojo, Annie deseó que a varias personas les ocurriera una desgracia. Y aunque no todos los deseos se cumplen, cuando alguno lo hace, las consecuencias pueden ser trágicas.

Como si descendiera por un largo tobogán rumbo al infierno, Annie recordó en un instante todo lo que la llevó al momento actual: retrocedía de espaldas a una pared, mientras varios espectros la acosaban.

En realidad no se llamaba Annie sino Ana Francisca. *Annie* surgió cuando entró a trabajar en la radio.

—Debes tener un nombre contemporáneo –le "sugirió" el jefe de personal al contratarla–, un nombre juvenil. Ana es de otra época. Y Francisca, ni se diga. Hoy nadie se llama así. Para que no te sientas mal, usa Annie. O Frannie. Aunque yo me inclinaría por Annie. Annie te sirve en cualquier lugar del mundo.

El programa en que trabajaba con Tony –Juan Antonio–, y Barbie –Bárbara–, era de informaciones de última hora sobre farándula, discos y conciertos, intercaladas entre los éxitos musicales de moda. Iba al aire por las tardes, de lunes a viernes entre las tres y las cinco.

Ella y Tony eran los animadores y Pepi –Josefina–, la locutora de comerciales, noticias y la hora cada diez minutos.

EL LUGAR DE REUNIÓN

Casi todas las tardes, al salir de la emisora, los tres se reunían en una cafetería cercana, a charlar y relajarse, antes de regresar a sus respectivas casas.

En el lugar hacían unos bollitos de yuca y queso que a ella y a Pepi les encantaban. Tony los comía, pero sin el entusiasmo que ellas manifestaban.

El viernes pasado estuvieron allí y la conversación giró en torno al fin de semana que Annie pasaría en Punta Cana. Uno de los patrocinadores del programa, un hotel, les había obsequiado dos noches de alojamiento, con traslados y comidas, para que conocieran sus instalaciones.

La única condición era que no fueran juntos, sino en tres fines de semana consecutivos.

El trío había acordado recibir sus regalos en orden alfabético y por ello Annie sería la primera.

Apenas media hora después decidieron retirarse –un tercio del tiempo que siempre pasaban allí–, pues el vuelo de Annie desde Santo Domingo saldría a las nueve de la noche.

Cuando se levantaban de sus asientos, Annie tropezó accidentalmente con la dueña de la cafetería, que se disponía a servir a tres clientes de la mesa vecina.

A la mujer se le cayó la bandeja donde llevaba dos cafés y un té calientes y, al reclamarle a la joven su falta de atención, esta le respondió que la descuidada era ella.

No era la primera discusión entre ambas. Ya habían discutido otras veces, siempre por tonterías. Tres o cuatro, según Annie. Un millón, según la dueña de la cafetería.

La mujer tenía mal carácter y como a Annie le recordaba lo peor de su madre, a cada rato chocaban de palabra.

Según Pepi, el odio era mutuo. Por eso no desaprovechaban ninguna ocasión para reñir.

Dos meses atrás, la dueña de la cafetería le había prohibido la entrada a Annie, pero esta seguía yendo con sus compañeros debido a los bollitos de yuca con queso y a la proximidad de la emisora, en ese orden.

La tarde del viernes poco faltó para que ambas se fueran a las manos, pero mientras las contenían, se insultaron tanto como pudieron. Varios clientes, al escuchar el calibre de lo dicho por Annie, tomaron partido por la dueña de la cafetería.

Al sentirse apoyada, la mujer le dijo que no quería verla más y que no regresara, pues nadie le iba a servir, ni siquiera si iba acompañada.

Annie contestó recorriendo con la mirada a quienes –aparte de sus amigos– la rodeaban:

—¡Ojalá se queme la cafetería, con usted adentro y todos sus adoradores! ¡Y ojalá sea pronto, maldita bruja!

UNA ESTANCIA ESTELAR

El fin de semana de Annie en Punta Cana fue de primera. La recepción que le hicieron en el hotel la hizo sentirse una estrella de rock.

El gerente del hotel la presentó en el espectáculo de esa noche como *la voz del hotel* y tanto él como el resto del personal le brindaron todo tipo de atenciones durante su estancia.

El único inconveniente que tuvo fue que su teléfono móvil se descompuso y la única persona conocida con quien habló fue su madre, que vivía en San Pedro de Macorís, a la que llamó desde su habitación.

Cuando el domingo en la tarde regresó a Santo Domingo, estaba deslumbrada y al mismo tiempo cansada, y por eso fue

directo al apartamento que le había alquilado el padrastro de Pepi en la avenida Charles Summer.

No encendió la televisión, ni trató de comunicarse con sus compañeros y, apenas llegó, se fue directo a la cama, pensando en cuan agotador resultaba ser una celebridad.

Si ella, que apenas hacía un programa vespertino en el que se mencionaba el hotel, casi no había tenido tiempo de disfrutar la playa o la piscina, pues le tocó saludar a mucha gente y retratarse con bastantes otras, cómo sería la vida de los famosos cuando llegaban o eran invitados a un lugar así.

Pensando en esto, se quedó dormida y nadie importunó su sueño porque el móvil permaneció mudo.

DESEO CUMPLIDO

El lunes, cuando Annie llegó a la emisora, vio que en el lugar de la cafetería solamente había escombros renegridos y una faja amarilla puesta por los bomberos, que alertaba sobre el riesgo de desplome del lugar.

—¿Qué pasó? –le preguntó al vigilante.

—El sábado en la tarde, a eso de las siete, se incendió la cafetería. Un corto circuito.

—¿Murió alguien?

—Sí, la dueña, las dos meseras, el cocinero y cinco clientes. Nueve personas en total.

Annie palideció. Recordó lo que había dicho la última vez que había estado allí. Su deseo se había cumplido y ahora se sentía culpable de lo ocurrido.

Ni siquiera escuchó cuando el vigilante le preguntó si estaba bien. Trastabillando, como si atravesara borracha un túnel de viento, enfiló por el pasillo hasta el ascensor y, al

salir de este en el cuarto piso, percibió el seco retumbar de sus pasos.

No entró a la oficina de los productores. Fue directamente al baño. Todo su cuerpo estaba contraído y le dolían tanto la espalda como el cuello.

Las piernas le temblaban, pese a sentirlas muy pesadas. Las oscilaciones de ambas eran incontrolables y también el ritmo del corazón, cada vez más acelerado, como si galopara impetuoso por una sabana.

Un dolor de cabeza terrible, similar al de quien recibe un fuerte golpe con una viga o con un techo muy bajo se apoderó de sus sienes.

Notó que sudaba algo helado. Una especie de aguanieve que, a medida que descendía, arreciaba sus dolencias.

Abrió la puerta del baño y cerró los ojos. A tientas, y con mucho esfuerzo, llegó hasta el lavamanos. Abrió la llave.

Aunque no estaba conectada a ningún calentador, brotó un líquido hirviente y espeso.

Annie retiró las manos y abrió los ojos.

Con horror vio que de la llave fluía una sustancia rojiza que, al contacto con el aire, formaba numerosos coágulos.

—¡Dios mío, sangre! –gritó Annie.

Sus manos estaban llenas de ese líquido que se le adhería como guantes. Trató de quitárselo y volvió a colocar las manos bajo la llave, pero lo que hizo fue impregnarse más de él.

Cuando alzó la vista hacia el espejo, vio a la dueña de la cafetería, a las dos meseras, al cocinero y a los cinco clientes con las ropas quemadas y humeantes.

Los pocos jirones de piel que les quedaban eran totalmente negros, en constraste con los huesos y los dientes que, aun chamuscados, lucían espectralmente blancos.

Los nueve fantasmas exhibían aureolas aterradoras que inflamaban de luminosidad las zonas oscuras del baño. Su inmovilidad era amenazante. Algo en aquella quietud vociferaba peligro.

Annie intentó salir, pero las nueve personas calcinadas parecieron materializarse y le cerraron el paso. No supo cómo formaron un círculo a su alrededor que fueron estrechando progresivamente.

Ninguno la tocaba, pero ella sentía su proximidad en todos los vellos del cuerpo. Algo gélido, además, como corrientes de aire en miniatura, se desprendía de cada uno de los nueve cuerpos.

En el instante, previo a morir abrazada y abrasada por aquellos seres carbonizados, desfiló por su memoria todo lo que la llevó a ese momento, desde su entrevista con el jefe de personal en la emisora, pasando por la fatídica discusión en la cafetería, hasta el recién concluido fin de semana, el último de su existencia.

UN FANTASMA EN ALTA MAR

Un espectro aparece en el camorote del capitán de un barco que viaja entre Inglaterra y EE.UU. El fantasma hizo una petición y espera que el capitán la cumpla.

En 1928, un buque inglés cruzaba el Atlántico con rumbo a Terranova.

Entonces, Terranova era un país independiente, cuyo principal socio comercial era la Gran Bretaña.

El buque había salido del puerto de Southampton, llevando una gran carga de diversos productos manufacturados y en bruto.

Cuando se hallaba a pocas horas de la mitad de la travesía, el capitán del buque hizo una pausa en su trabajo y se dirigió a su camarote. Pero, en el pasillo, advirtió algo extraño.

UN PEDIDO URGENTE

Una sombra parecía rehuirle.

Sin embargo, pese a que buscó quién la proyectaba, no encontró a nadie.

Minutos después, en su camarote, tuvo la sensación de ser observado. Incómodo, fue hasta la puerta y descubrió a alguien deambulando por el pasillo.

Por un instante, alcanzó a ver el rostro de la persona que andaba por allí y no era el de nadie conocido. En el viaje no llevaban pasajeros y la tripulación era la misma de las últimas siete travesías.

De inmediato, el capitán comprendió que se trataba de un polizón y fue tras él.

Lo persiguió durante varios segundos, pero, curiosamente, aunque él corría muy rápido y el otro se desplazaba con lentitud –como si en lugar de ir a prisa, flotara–, no pudo alcanzarlo.

Ya se disponía a dar la alarma para que lo ayudaran a capturar al intruso cuando este se detuvo. Se volvió hacia el capitán y, encarándolo, le dijo con voz de apremio:

—¡Navega hacia el noroeste!

Al instante, se disolvió en el aire y el capitán quedó solo.

El episodio había sido sumamente raro y, si lo contaba, con toda seguridad los tripulantes dudarían de su cordura. Pero…, había algo en lo sucedido que no podía pasar por alto.

Prefirió no contar nada, pero, al mismo tiempo, como la aparición le había pedido que hiciera algo y él no sabía por qué o para qué, empezó a dudar si hacer caso o no a la solicitud.

El capitán no era dado a asuntos sobrenaturales. Sin embargo, más de veinte años años recorriendo los mares le habían enseñado que en la vida hay muchísimas más cosas que las percibidas por la lógica y los sentidos. Por eso, a su mente acudió la idea de que lo estaban alertando sobre una posible tragedia si mantenía el rumbo actual, y decidió modificarlo.

Regresó al puente de mando y ordenó ir hacia el noroeste.

Para nadie fue una sorpresa. Durante una travesía y según las condiciones del mar y el viento, los capitanes acostumbraban cambiar el rumbo, una o más veces, para eludir contratiempos.

El buque navegó sin inconvenientes, como lo había hecho hasta entonces, y, como si atravesara un océano de algodón, surcó suavemente la noche.

Acababa de salir el sol, cuando notificaron al capitán que habían avistado un barco a la deriva.

EL HALLAZGO

La embarcación semejaba una ciudad fantasma en medio del oleaje. Este la remecía como al cadáver de un inmenso cetáceo.

El capitán alineó el buque al costado del barco y, junto a dos miembros de la tripulación, lo abordaron.

Uno de los marinos sintió miedo.

—Capitán, no sé si es buena idea… –empezó a decir, pero el oficial lo cortó.

—¡Espérenos aquí!

El capitán y el otro hombre se adelantaron por la cubierta y se dirigieron al puente de mando.

Como esperaban, se hallaba vacío. Nada de lo que veían indicaba qué había ocurrido.

Con la mirada buscaron botes salvavidas y los vieron en su lugar: nadie se había ido.

Enfilaron sus pasos hacia los dormitorios. Antes le hicieron señas al segundo marino de que seguían indagando qué había sucedido.

Ya en los dormitorios, advirtieron que las camas, en litera, estaban dispuestas en dos filas, interrumpidas por una pared con una puerta estrecha. Después de estas, continuaban las literas. Todas las camas estaban vacías, tanto las de arriba como las de abajo.

Entretanto, el sonido de las olas golpeando contra el casco daba la impresión de que el mar estaba tanteando a la embarcación, antes de engullirla.

De pronto, el marino –que se había adelantado en la búsqueda–, empezó a dar voces:

—¡Capitán, aquí, venga pronto!

El capitán se trasladó hasta el lugar de donde provenía el llamado del marino y, en la penumbra, alcanzó a ver un hombre en una cama. ¡El mismo hombre que le había dicho que pusiera rumbo al noroeste!

Estaba vivo.

—¿Usted es el capitán del otro barco, verdad? –preguntó en un murmullo.

El capitán asintió.

—Hace unas horas soñé que estaba en otro barco y lo vi. Como intuía que venía en esta dirección, aunque pasaría lejos, le pedí que cambiara de rumbo. ¡Gracias a Dios que me hizo caso!

En la nave se había desatado una epidemia de cólera. Los sobrevivientes habían sido rescatados dos días antes por un barco que iba para Nueva York. A él lo habían dado por muerto o próximo a morir y por eso lo habían abandonado.

LAS VOCES DEL INFIERNO

A 14.400 metros de profundidad, en Siberia, un equipo de geólogos perfora la tierra en busca de petróleo y da con un espacio hueco donde introducen un micrófono: lo que escuchan los aterroriza por el resto de sus vidas.

En 1984, un grupo de geólogos rusos se trasladó hasta la inhóspita tundra de Siberia.

Su propósito era realizar una exploración a gran profundidad, en busca de hidrocarburos.

Como director del grupo, viajó un experto en tales exploraciones, un doctor en geología llamado Viktor Azzacov.

La región de Siberia, donde se asentaron, tenía la vegetación propia de las proximidades del Ártico: musgos, líquenes y brezos, y ni un árbol en kilómetros a la redonda.

Los recibió un frío silbante que resecaba los labios y provocaba estremecimientos. Este clima no cambió durante las casi tres semanas que les tomó armar la plataforma de perforación e instalar el taladro.

1.100 GRADOS CENTÍGRADOS BAJO TIERRA

El trabajo de horadar la tierra se inició sin contratiempos. Al pasar las primeras capas que se mantienen frías durante

todo el año, la broca se fue abriendo paso metro a metro y luego kilómetro a kilómetro.

En las siguientes semanas, la punta del taladro alcanzó una profundidad de catorce kilómetros y poco más de cuatrocientos metros.

De improviso, empezó a girar a toda velocidad, señal de que se había introducido en un espacio hueco, tal vez una caverna o una galería repleta de gas.

A través del tubo de la perforadora, se bajó un sensor térmico que reveló algo asombroso. En esa caverna o galería la temperatura era extremadamente alta: nada menos que 1.100 grados centígrados.

Uno de los geólogos presentes comentó entonces que allí abajo había "un verdadero infierno".

El hallazgo generó la sospecha de que en ese remoto lugar había una actividad geotérmica no descubierta hasta el momento, quizás un volcán próximo a alzar su cono en dirección al cielo.

Para confirmar o negar esta sospecha, se decidió introducir un micrófono de alta sensibilidad y gran resistencia al calor en el espacio subterráneo hueco. Este permitiría escuchar si había movimientos de tierra en el lugar o alguna actividad volcánica.

Pero no escucharon ninguno de los sonidos naturales que esperaban, sino otra cosa. Algo verdaderamente terrorífico.

EL LUGAR MÁS TEMIDO

Pensando que se trataba de un fallo en alguno de los componentes del equipo de sonido, Azzacov lo hizo revisar y calibrar hasta estar seguro de su buen funcionamiento.

Una vez introducido el micrófono por segunda vez, se aprestaron a oír de nuevo y esta vez no hubo ninguna duda: lo que se escuchaba en la galería subterránea era una sucesión ininterrumpida de gritos humanos.

Cuando no hubo la menor duda acerca de lo que oían, un joven geólogo, alumno de Azzacov, asoció el cúmulo continuo de gritos de dolor –algunos más claros que otros– con el calor reinante en la galería y expresó en voz alta la pregunta que, en silencio, todos se hacían:

—¿Será que de verdad allí queda el infierno?

De un instante al siguiente, todos los rostros palidecieron.

Pasó más de un minuto, durante el cual sólo se escuchaban los miles de alaridos provenientes de la caverna subterránea.

Por momentos, el griterío era uniforme. Cada tanto, sin embargo, una voz femenina o una masculina se destacaba con lamentos de tal volumen que evidenciaban un sufrimiento inimaginable.

Esas mismas voces se alzaban varias veces en los siguientes minutos, hasta que su último alarido quedaba cortado o suspendido en el aire, como un herido desfallecido de dolor.

Nadie en el campamento quería seguir oyendo aquellas muestras de sufrimiento colectivo, pero ninguno tenía fuerzas suficientes para apartarse de las cornetas que las difundían.

La fascinación se rompió de repente cuando algunos de los trabajadores echaron a correr.

—¡Apágalo! –gritó Azzacov al operador, pero este demoró algunos segundos en cumplir la orden.

Cuando lo hizo, se llevó las manos a los ojos y se volvió hacia quienes lo rodeaban. Entonces, advirtió que él no era el único que había llorado mientras escuchaba aquel horror.

—¿Qué hacemos ahora? –preguntó el alumno de Azzacov, que aún temblaba de pavor.

No demoraron en ponerse de acuerdo. A fin de cuentas, era lo que todos deseaban.

—Sea lo que sea que haya allá abajo, ahí se va a quedar –dijo el doctor Azzacov.

Y aunque la noche ya estaba encima, los geólogos y los pocos trabajadores que quedaban –la mayoría había huido sin detenerse a pesar que no había ninguna población en cientos de kilómetros a la redonda– comenzaron a desmontar la plataforma de perforación.

En los días siguientes, trabajaron sin descanso hasta deshacer todo lo que les había costado meses de labor ardua, a merced del viento helado y la lluvia que, como agujas disparadas desde cañones diminutos, impactaba sus rostros.

Cuando al fin retornaron a las ciudades de las que provenían, los geólogos y los obreros que vivieron la aterradora experiencia anterior parecían los sobrevivientes de una catástrofe.

El terror los enmudeció por semanas y, en los años siguientes, ninguno se recuperó totalmente.

Todo esto se supo porque más de una década después el doctor Azzacov lo contó a un periodista finlandés que lo hizo público.

La historia, por supuesto, se expandió por todo el mundo. El probable hallazgo del lugar donde estaba situado el infierno llamó la atención no sólo de los que creían estar destinados a él, sino también de aquellos que suponían tener asegurado el paraíso.

Mientras el infierno sólo fuera una suposición o una fantasía moral para fanáticos religiosos, muchos tenían la esperanza de pasar a la otra vida sin un castigo. Pero la certeza de que ese eterno centro penitenciario se encuentra en un lugar específico del planeta eliminó tal esperanza.

Miles de personas decidieron informarse mejor en torno a la presencia del infierno en Siberia, pero no obtuvieron confirmación ni negación.

¿VERDAD O MENTIRA?

Al cabo de año y medio de pesquisa, dos investigadores –uno alemán y otro estadounidense– llegaron a la misma conclusión: que la mayor parte de la historia era falsa.

Hubo en realidad un equipo de geólogos que en 1984 se trasladó a Siberia para realizar perforaciones en busca de petróleo. Según algunos testimonios y documentos, Azzacov estuvo al frente del grupo. Según otros, no.

Al excavar no se encontró lo que se fue a buscar y por eso retornó el equipo menos de un año después de la exploración.

Pero también se reveló que Azzacov recibió dinero por inventar el relato y sus acompañantes por callar y secundarlo con su silencio colectivo.

Ambos investigadores también concluyeron que el episodio formó parte de la parte propagandística de la Guerra Fría, entre EE. UU. y la Unión Soviética, pues se quería hacer creer que el infierno quedaba en algún lugar de Rusia.

EL AUTO MALDITO DEL ARCHIDUQUE

La Primera Guerra Mundial comenzó en una limusina de seis puestos que sirvió de escenario para un crimen. Como si esto hubiese atraído una maldición sobre el vehículo, todos sus propietarios afrontaron alguna tragedia.

En 1910, la marca austriaca de automóviles Gräf und Stift fabricó una limusina roja descapotable de cuatro cilindros e igual número de puertas, modelo Doble Phaeton, que adquirió el conde Franz von Harrach el 15 de diciembre de ese mismo año.

El vehículo tenía seis puestos. La familia Harrach se contaba entre las más prominentes del imperio de los Habsburgo.

Durante tres años y medio el conde disfrutó de su automóvil, en el que con frecuencia se le veía pasear.

En 1913, el general Oskar Potiorek, quien era gobernador de Bosnia y Herzegovina, invitó al emperador Francisco José I de Austria y Hungría a unas maniobras militares programadas para el 28 de junio del año siguiente, en Sarajevo.

Como el ambiente político estaba muy caldeado y se preveían disturbios por parte de los nacionalistas que deseaban la separación de Bosnia del imperio austrohúngaro, el emperador encargó a su sobrino y heredero, el archiduque Francisco Fernando, que viajara a Sarajevo por él.

Pero no sólo se vaticinaban desórdenes callejeros, sino que había altas posibilidades de que ocurriera algún atentado. De hecho, la esposa del archiduque, la duquesa Sophie, decidió acompañarlo porque temía por su seguridad.

Pese a que todos sus familiares y amigos le recomendaron al heredero imperial que no fuera a Sarajevo, en la mañana del 28 de junio de 1914 Francisco Fernando y su esposa arribaron a esa ciudad.

Un rato antes del paseo que ambos harían hasta llegar adonde se realizaría el desfile militar, el conde Franz von Harrach ofreció su auto para la pareja.

Como estaba en perfectas condiciones y era sumamente elegante, tanto el general Potiorek como el resto de las autoridades a cargo de los visitantes aceptaron encantados.

EL PRIMER ATENTADO

En el paseo tomaron parte seis vehículos. El archiduque y su esposa, acompañados del gobernador Potiorek y el conde von Harrach, viajaban en el tercero.

A eso de las diez de la mañana, el grupo pasó por la estación central de policía. Diez segundos después, un conspirador del grupo Joren Bosnia, llamado Nedeljko Čabrinović, arrojó una granada al auto donde iba el archiduque.

El chofer vio venir a Čabrinović y aceleró, razón por la cual la granada pasó sobre las cabezas de los pasajeros. El archiduque, al verla, la golpeó con una de sus manos, enviándola hacia atrás.

La granada estalló bajo las ruedas del siguiente coche de la comitiva y produjo cuatro heridos. Entre el público que asistía al paseo hubo otros dieciséis lesionados.

Pese al atentado, el programa se mantuvo y la comitiva asistió a la recepción oficial organizada de antemano. El archiduque estaba muy molesto y por eso, fuera de las palabras que le habían redactado de antemano, protestó diciendo:

—Vengo a Sarajevo a una visita y lanzan bombas contra mí. Es indignante.

Su esposa se le acercó, mientras discurseaba, y le habló al oído, calmándolo. A continuación, terminó de leer el texto que tenía en sus manos y, de manera espontánea, expresó su deseo de visitar a los heridos en el hospital.

El general Potiorek adujo que no era buena idea y que, aunque Sarajevo no estaba lleno de asesinos, lo mejor sería alterar la ruta establecida para ir al desfile militar.

EL SEGUNDO ATENTADO

Para no pasar por el peligroso centro de la ciudad propuso hacer el recorrido siguiendo el curso del río Miljacka. Pero olvidó comunicarle el cambio al chofer.

Cuando el auto dobló a la derecha en la calle Francisco José, en el Puente Latino, Potiorek, que nuevamente iba en la limusina, ordenó al chofer que retrocediera.

El conductor se desconcertó ante el repentino cambio de ruta y detuvo el auto por un momento. Momento que aprovechó otro conspirador de Joren Bosnia, Gavrilo Princip, quien disparó sobre el archiduque y el gobernador, aunque la bala para este impactó a la duquesa.

La duquesa Sophie –que estaba embarazada– falleció minutos más tarde en el trayecto al hospital y el archiduque al rato de haber llegado a él.

Debido a la costumbre de coser la ropa sobre el cuerpo para que no se desajustara durante las presentaciones en

público, no fue posible detener a tiempo el sangrado de Francisco Fernando.

Este asesinato, sumado a otras circunstancias históricas que confluyeron en ese momento, dieron origen a la Primera Guerra Mundial. El conflicto generó más de 37.000.000 bajas, entre muertos (8.538.315), heridos (21.219.452) y desaparecidos (7.750.919) incluyendo soldados y civiles.

Por cierto y este es un dato anecdótico, muchas personas –en especial, los cazadores del imperio– presintieron la muerte del archiduque, debido a que este, un año antes y exageradamente armado, había abatido a un hermoso ciervo blanco, sobre el cual disparó sin darle la oportunidad de huir.

Este episodio, que algunos consideran una leyenda y otros una realidad, habría sentenciado a muerte a Francisco Fernando, pues es sabido que quien actúa deslealmente contra la naturaleza paga su falta con la vida, antes de que transcurra un año.

Por otra parte, los irrespetos del archiduque por el medio ambiente se repetían con gran frecuencia. Puede decirse que era un asesino insensible, pues cuando andaba de cacería disparaba sobre cualquier animal que corriera hacia él, por supuesto, escapando de los hombres contratados para los asediaran.

Según un registro meticuloso que hizo él mismo, en toda su vida había dado muerte a nada menos que 272.439 supuestas presas, la mayoría de ellas considerados caza menor, como conejos, ardillas, perdices, palomas e incluso gatos y perros.

UN NUEVO DUEÑO

El Gräf und Stift fue guardado en el palacio de gobierno de Sarajevo y, semanas después del atentado, el general Potiorek se adueñó de él.

Por esos días, al declararse oficialmente la guerra –la primera a la que se dio carácter mundial, aunque sólo involucró países europeos–, Potiorek recibió el mando del Quinto y Sexto Ejércitos Imperiales, cuya misión era invadir a Serbia.

Pero igual que fracasó en la custodia del archiduque Francisco Fernando, también falló en este caso y, tras varias derrotas humillantes, en particular la de la batalla de Kolubara, que llevó a la expulsión de los ejércitos del imperio austrohúngaro de Serbia, Potiorek fue castigado y enviado en calidad de prisionero a Austria, donde empezó a tener trastornos mentales.

Luego de ser internado en un manicomio, Potiorek murió en 1933 completamente loco.

UNA SUCESIÓN DE TRAGEDIAS Y DESGRACIAS

Un capitán del Estado Mayor serbio, de quien no se sabe su nombre, se quedó con el auto. A la semana, iba por una vía próxima a Belgrado cuando, en una curva, surgieron dos campesinos. Al eludirlos perdió el control del volante y se salió de la carretera. Luego se estrelló contra un muro y falleció al instante.

Su siguiente dueño fue un alto funcionario yugoeslavo que lo tuvo durante varios meses. En este tiempo, sufrió cuatro accidentes distintos, en unos de los cuales perdió el brazo izquierdo.

Tras este percance, concluyó que poseer al que popularmente llamaban *el coche del archiduque* traía mala suerte.

Un amigo suyo, un médico de apellido Skiris, se burló de los comentarios supersticiosos en torno al auto y lo compró. Pasó varias semanas buscando chofer mediante anuncios en la prensa. Como nadie se presentó, decidió manejarlo él mismo.

Seis meses más tarde, Skiris –quien era reconocido como un conductor cuidadoso– sufrió un volcamiento en carretera.

Su cuerpo sin vida fue encontrado bajo el auto, que salió del percance con apenas unos raspones en la pintura de uno de los costados.

La viuda del médico se lo vendió al joyero Simon Mantharides, que coleccionaba antigüedades.

Nunca lo manejó, pero el día que se cumplieron seis meses exactos de su adquisición, el hombre se suicidó, sin dejar alguna nota sobre los motivos de su determinación.

Al poco tiempo, lo adquirió otro médico que de un momento al siguiente se sumergió en una espiral de drogas, llegando incluso a ser hospitalizado por una sobredosis.

Como a la par, se dedicó de manera furibunda al juego –actividad a la que era aficionado–, y en cuestión de pocas semanas, perdió la mayor parte de sus inversiones y pacientes.

Volvió a flote económicamente después de poner la limusina en venta.

El siguiente propietario fue un corredor de autos suizo que también dijo a quienes le recomendaron no comprarlo no ser supersticioso.

Menos de quince días más tarde y yendo por una carretera, perdió el control y se fue por un voladero. En el accidente se quebró la columna vertebral y murió horas después.

Un terrateniente bosnio que vivía en Sarajevo lo adquirió para movilizarse entre esta, su ciudad, y sus tierras.

Una mañana, el auto se detuvo sin ninguna razón aparente. Por el lugar pasó un campesino que llevaba una carreta tirada por bueyes. El hombre aceptó llevarlo a rastras hasta un pueblo cercano, para que lo repararan.

De improviso y sin que nadie tocara el encendido, el motor del auto empezó a funcionar y se llevó por delante tanto a los bueyes como al terrateniente, arrojándolos a un barranco.

Este choque dejó el vehículo en mal estado pero, aún así, los herederos del terrateniente le hallaron un comprador. Este se llamaba Tiber Hirshfield y era dueño de una empresa de autos de alquiler para grandes eventos.

Hirshfield lo restauró y cambió su color rojo original por azul, para ver si así lo libraba del aura maldita que lo acompañaba. Como el vehículo tenía una gran presencia, lo destinó a bodas. El primer día que lo usó con este fin, Hirshfield lo condujo y, al tratar de superar una cola de carros, perdió el control del volante y chocó contra otro auto que acababa de girar en U intempestivamente.

Aparte de Hirshfieldm murieron los recién casados y dos de sus tres acompañantes.

VÍCTIMA DE UN BOMBARDEO

Luego de este suceso, nadie más quiso al Gräf und Stift Doble Phaeton.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno alemán lo requisó y lo puso en exhibición en el Museo de Historia Militar de Viena.

Una noche, las bombas de los aliados cayeron sobre el museo y los edificios circundantes, un conjunto conocido como El Arsenal. La destrucción fue casi total.

Y digo *casi* porque del museo apenas se mantuvo en pie una porción mínima: aquella bajo la cual se hallaba *el coche maldito del archiduque*, como ya se le conocía, aunque Francisco Fernando nunca fue su dueño.

Tal como con los anteriores propietarios, ni siquiera la edificación del museo pudo sustraerse a la maldición que pesaba sobre la limusina.

Hoy se le puede ver en dicho Museo de Historia Militar de Viena, ya que fue restaurado.

Sin embargo, según los vieneses, no es recomendable retratarse con él. Tampoco grabarlo en video. Todas las personas con las que hablan de este automóvil tienen alguna anécdota que contar sobre alguien conocido a quien le sucedió alguna tragedia luego de fotografiarse con él.

Por lo visto, su energía maligna aún es capaz de causar víctimas de formas insospechadas.

Y debe serlo: en Internet figuran decenas videos de visitantes a dicho museo y en ninguno aparece la sala donde reposa el fatídico vehículo.

MILENARIO FIN DEL MUNDO

Al término de cada milenio surge uno de los miedos más arraigados en el ser humano: el de que todo cuanto conoce y le rodea –e incluso él mismo– tengan un final repentino y violento.

Con frecuencia, en la prensa y en las conversaciones con conocidos, amigos y familiares, se habla de algún tipo de calamidad o conjunto de ellas que pueden conducir al fin del mundo.

La humanidad, al habitar un planeta sometido a cambios climáticos muchas veces extremos, movimientos tectónicos e incluso impactos con objetos siderales como meteoros, está sujeta a catástrofes naturales periódicas.

Sin embargo, aunque se repiten cada cierto tiempo, generan temores que, en ocasiones, pueden calificarse de exagerados, si se tiene en cuenta que la mayoría de las veces son predecibles no sólo en su desarrollo, sino también en sus consecuencias.

Cuando dos huracanes recorren un océano en pocos días; cuando un volcán hace erupción y el humo que surge de su boca oscurece el cielo impidiendo el vuelo de los aviones; cuando a un terremoto lo suceden réplicas tanto o más fuertes que el sismo original; o cuando los medios de comunicación masiva anuncian que un meteoro se aproxima a la

órbita de la tierra, un elevado número de hombres y mujeres entra en pánico y teme tanto su muerte como la destrucción de toda la vida en nuestro planeta.

Tales anuncios carecen por lo general de respaldo científico, pero si lo tienen, las exageraciones en torno a la información original la distorsionan tanto que termina convertida en una cadena de predicciones ligadas con referencias supersticiosas.

La manera más rápida y eficaz de difundir dichas predicciones es en forma de rumores o chismes pues, de este modo, se acrecienta la zozobra, ya que las noticias y sus alertas provienen de personas que conocemos.

Quienes organizan esta escalada de miedo no lo hacen gratuitamente: procuran obtener un beneficio de carácter económico, religioso, político o psicológico de los afectados.

Pero no sólo se utilizan catástrofes naturales para generar terror colectivo. También se apela a acontecimientos debidos a la acción del hombre, como guerras, actos terroristas o manifestaciones de fanatismo religioso o supersticioso.

EL INJUSTIFICADO TEMOR AL SIGLO XXI

Una de estas últimas tuvo gran difusión en los últimos años y meses finales del siglo XX, cuando el paso de un milenio al siguiente –un hecho histórico– generó temores de gran magnitud por la presunta cercanía de enormes fatalidades.

Algunos de los vaticinios siniestros que se hicieron para el 1 de enero del 2000 forman parte de nuestra memoria reciente.

La mayoría de los pronósticos catastróficos estuvo vinculada a fallos tecnológicos provocados por el cambio de fecha,

algo para lo cual supuestamente no estaban preparados los computadores del mundo.

Se temía que tales defectos ocasionarían problemas bancarios, como que las personas perdieran todos sus ahorros, o no pudieran acceder a los cajeros automáticos durante varios días e incluso semanas. Por lo tanto, tampoco podrían adquirir alimentos ni pagar ningún servicio.

Habría además trastornos dramáticos de tránsito terrestre o aéreo, con decenas o cientos de miles de muertes simultáneas, pues se esperaba que dejaran de funcionar al mismo tiempo los semáforos y las cabinas de control de vuelos y desplazamientos –aviones y trenes– de todo el mundo.

Entre los vaticinios más absurdos que se hicieron hubo dos francamente ridículos: uno, el hundimiento del continente europeo y de todas las tierras del planeta ubicadas a menos de 2.200 metros sobre el nivel del mar.

Dos, la presencia alrededor de la tierra de un arcoíris blanco formado por una perturbación magnética que absorbería el oxígeno del planeta, acabando con todas las manifestaciones de vida. Luego y debido a dicha perturbación magnética, nuestro mundo se precipitaría al interior del sol.

Pese a carecer por completo de apoyo científico, estas y muchas otras predicciones se difundieron no sólo a través de los medios de comunicación masiva, sino por la forma de comunicación más antigua, el boca a oído entre personas allegadas.

Pero, asombrosamente, la de 1999 no fue la primera vez que la humanidad sintió pánico ante la llegada de un nuevo milenio. Dicho temor también se manifestó en el 999 de nuestra era, en los meses anteriores al arribo del año 1000.

En los dos casos, aparte de lo truculento del espanto generado, el miedo tuvo un punto de partida erróneo: los milenios

no concluyen el 1 de enero de los años con tres ceros –1000 o 2000–, sino el 31 de diciembre de dichos años.

Pocos tomaron en cuenta este detalle: 1999 no fue el año final del siglo XX. 2000 fue el último, en tanto el primero del siguiente fue 2001: la centuria que transitamos comenzó el 1 de enero de este año.

La explicación de por qué es en la segunda fecha y no en la primera cuando termina el milenio, siempre genera polémica, aunque es muy simple: la decena, igual que la centena y la unidad de mil terminan en cero: 10, 100 y 1000. La decena no termina en 9, ni la centena en 99, ni la unidad de mil en 999.

A quien le quede alguna duda, que cuente hasta diez usando sus dedos: verá claramente que la decena comienza en el primer dedo de una mano y termina en el último de la otra. Si sigue hasta cien o mil, sucederá igual: siempre concluirá la decena, la centena y la unidad de mil en el último dedo de la segunda mano.

El error numérico de pensar que las decenas terminan en nueve no importó a los malos profetas que han visto y ven en cualquier número que presente alguna curiosidad –repeticiones como el 666, seguidillas como el 1234 o coincidencias como el 2 de febrero del 2222, por ejemplo–, anuncios de eventos trágicos, augurios siniestros y fatalidades al por mayor.

El temor al fin del mundo es similar al miedo a la muerte, sólo que en colectivo. El mismo forma parte de la humanidad desde tiempos remotos.

En cuanto al miedo por arribar a un nuevo milenio, este data de la primera vez que se tuvo conciencia de este momento histórico. Como ya anticipé, en el año 999 de nuestra era.

APOCALIPSIS Y JUICIO FINAL

Aunque para la humanidad ya habían transcurrido varios milenios, antes de esta fecha no se llevaban registros precisos de los años y siglos.

En los libros conocidos como *Los Evangelios Apócrifos*, podía leerse una profecía, según la cual el mundo llegaría a su fin cuando la era cristiana arribase al año mil de existencia.

Debido a ello, el 31 de diciembre de 999 se esperaba una tragedia de grandes proporciones en el mundo conocido hasta entonces, esto es, Europa, una parte de Asia y el norte de África.

Al respecto, es necesario señalar que la Iglesia cristiana de entonces, encabezada por el papa Silvestre II, advirtió a sus fieles que no había por qué temer que el mundo llegase a su fin ese 31 de diciembre de 999.

Pero las advertencias papales fueron desoídas y miles de fanáticos cristianos emprendieron una riesgosa peregrinación hacia Jerusalén, donde se pensaba que en esa fatídica fecha iba a ocurrir el Juicio Final.

Curiosamente, la gente no trataba de escapar del fin de mundo, sino que iba a su encuentro, pues deseaban presenciar el descenso de Dios a la tierra, cuyo fin sería separar a las personas buenas de las malas, enviando a unas al Paraíso y a otras a la condenación eterna.

Las escenas protagonizadas por estos peregrinos –en su mayoría, europeos de la más humilde condición– constituyeron un auténtico apocalipsis, no porque la naturaleza así lo dispusiera, sino por su necedad, dado que emprendieron la enorme travesía a pie y sin contar con los recursos elementales para alimentarse o protegerse del clima. Algo por cierto que se repite incluso en la actualidad, cuando por

desinformación y terror extremo, mucha gente huye de situaciones reales o imaginarias.

Cuentan las crónicas que los viajeros morían de mengua en los caminos, sin fuerzas siquiera para mendigar. Otros, debilitados por el viaje y la falta de alimentos, perecían al tratar de atravesar algún río o al tratar de superar montañas escarpadas.

Muchos de ellos fallecieron extraviados. Al no conocer los caminos que conducían a Jerusalén, tomaron rutas equivocadas o en direcciones opuestas. Recuérdese que entonces, aunque existían mapas, estos solamente estaban al alcance de poquísimos individuos.

Por eso, numerosos caminos mostraban a los lados cadáveres en diversos estados de descomposición. Cuerpos a los que los animales salvajes –lobos y cuervos, entre otros– sólo comían parcialmente, pues había tantos que preferían a los más frescos.

El hedor iba en aumento, en proporción a la cantidad de personas que caían y ya nunca volvían a levantarse. Algunas morían con los ojos abiertos y la mirada suplicante o arrepentida.

La podredumbre dio origen al desarrollo de enfermedades de rápido contagio. Las incontenibles epidemias dieron pie a entierros masivos y a que numerosos pueblos y ciudades pequeñas perdieran en cuestión de semanas o meses a la mayor parte de sus habitantes, con lo cual el pánico se extendió hasta aquellas y aquellos que no habían partido en peregrinación.

Cada fenómeno natural que se producía era interpretado como un anuncio de la proximidad del fin del mundo: si la tierra temblaba –incluso en regiones de habituales movimientos sísmicos–, la gente caía de rodillas en las calles, orando y temblando de miedo.

Cuando tronaba o un rayo surcaba el cielo, numerosas personas lloraban o se ponían a rezar con angustia donde se encontraran, tanto si se hallaban en la calle como en el interior de sus viviendas, dado que imaginaban la llegada de un nuevo diluvio universal.

En los meses previos al 31 de diciembre del año 999, gran cantidad de personas adineradas se desprendieron de sus posesiones terrenales y se prepararon para el Juicio Final.

Algunas donaron la mayor parte de lo que tenían y también se marcharon a Jerusalén, pero como contaban con los recursos económicos necesarios para costear la larga travesía, alcanzaron su meta.

A su llegada a Tierra Santa, estos viajeros de lujo montaron campamentos alrededor del monte Sión y, cuando llegó el temido 31 de diciembre del año 999 subieron a su cumbre, a esperar la parusía, es decir, la segunda venida de Jesucristo a la tierra.

LAS VERDADERAS CALAMIDADES

Pero pasó ese día y vino la noche. Transcurrió la noche y arribó el nuevo día, el 1 de enero del año 1000, y no ocurrió nada.

El amanecer de ese 1 de enero del año 1000 fue más bien plácido, pese a que se estaba iniciando la estación invernal, y no hubo ninguna manifestación divina que hiciese pensar en un próximo final de la existencia.

En los días siguientes, los ricos peregrinos decidieron retornar a sus respectivos países y, una vez en estos, encontraron que sus antiguas posesiones se hallaban en ruinas. Muchas habían sido saqueadas. Otras las había tomado la maleza, debido a la falta de mantenimiento. Unas pocas

fueron incendiadas, aprovechando la ausencia de sus despóticos propietarios.

Meses más tarde, sin embargo, se produjo para el continente europeo un verdadero apocalipsis, cuando los hunos se lanzaron a invadirlo.

Entonces y debido a que los invasores incendiaban los sembradíos, se produjo una de las más grandes hambrunas de la historia, a la que se sumó una colosal epidemia de peste.

Ambas cosas mataron a millones de personas y constituyeron un verdadero fin de mundo para quienes lo padecieron.

UN FALSO MORIBUNDO

Un sacerdote católico evita que una joven contraiga matrimonio con un matón y este, en venganza, decide asesinarlo. Lleva adelante un plan, con total perfección, y el cura, confiado, se dirige a su muerte.

En abril de 1842, fray Nicolás de Odena, cura párroco del entonces pueblo de Cantaura –que hoy forma parte del estado Anzoátegui, en Venezuela–, fue solicitado una noche por dos hombres para que llevara los santos óleos a un enfermo de gravedad.

No era una noche tenebrosa, como es habitual en los cuentos y novelas de terror, sino un final de día oscuro y apacible, acariciado por una brisa que llenaba el poblado de frescor.

Como era costumbre en tales casos, el sacerdote fue hasta la sacristía a buscar los elementos necesarios para administrar el último sacramento, sin imaginar que los hombres que lo esperaban pensaban guiarlo hacia su muerte.

LA TRAMPA

Días atrás, fray Nicolás de Odena –quien pertenecía a la orden de los franciscanos– había sostenido una larga

conversación con una joven del pueblo, que se había prometido en matrimonio con Antonio Zerpa, un conocido matón de la zona.

Tras dicha conversación, la joven dio por terminado el compromiso al que ya sus padres se habían opuesto sin éxito.

Fray Nicolás tenía fama de ser un hombre honesto y, si él corroboraba palabra por palabra lo que sus padres ya le habían dicho, era porque la acusación contra su novio era cierta.

Zerpa tenía en su haber muchísimos delitos y casi ninguna buena obra y el asesinato de personas no le era desconocido. Se rumoreaba que, hasta ese momento, había matado a seis.

Cuando la joven comunicó al matón que había decidido romper el compromiso, este se enojó sobremanera. Y se molestó tanto con su exnovia como con el cura que la convenció de concluir la relación.

Horas más tarde y en compañía de dos de sus secuaces, Antonio Zerpa estaba planificando la muerte del fraile.

Su plan consistía en lo siguiente: él se fingiría moribundo y esos dos amigos irían a la casa parroquial en busca del sacerdote.

Una vez que fray Nicolás estuviese a su lado para administrarle la extremaunción, él saltaría de la cama con un cuchillo que tendría oculto bajo las sábanas y lo asesinaría.

Luego, los dos amigos que esperarían afuera trasladarían el cadáver a una casa en Anaco, la población vecina, donde harían un tipo de velorio festivo que entonces estaba de moda entre los delincuentes y asesinos de la región.

La moda era, por cierto, de lo más macabra y uno de sus anfitriones más frecuentes era el despechado Antonio Zerpa. Consistía en asesinar a una persona elegida de antemano o al azar y luego hacerle un velorio, en el cual abundaran las bebidas alcohólicas y la comida.

Como en tales velorios los gastos de bebidas y comidas corrían a cargo de un grupo de amigos, la actividad resultante no sólo no salía costosa, sino que podía equipararse a lo que contemporáneamente recibía el nombre de *fiesta de contribución* o, de modo humorístico, *fiesta country*.

Obviamente, la persona velada no tenía dolientes en el *festejo*, ya que este se realizaba al poco rato de cometido el crimen. Para cuando sus familiares se enteraban, la mayoría de las veces el difunto ya había sido enterrado.

La festividad se organizaba del siguiente modo: se empezaban a preparar las comidas y las bebidas, en tanto dos o tres personas iban por la víctima. Una de ellas era la encargada de darle muerte.

Se asumía que el aporte del asesino a la celebración era el individuo –hombre o mujer– eliminado y a esto se le llamaba *poner el muerto*.

Quien *ponía el muerto* no era nada más el que asesinaba sino también quien mandaba a liquidar a la persona que velarían, bien fuera pagando con dinero o con favores.

Era común, en el oriente venezolano y a mediados del siglo XIX oír que, cuando un grupo de amigos organizaba una fiesta, alguien decía (en broma o en serio):

—Yo pongo el muerto.

Aquella noche de abril de 1842, fray Nicolás de Odena se puso sus ornamentos de confesor y, sin sospechar nada, salió de la casa parroquial de Cantaura al encuentro con la muerte.

Por el camino, los dos hombres que habían ido a buscarlo llevaban sentimientos encontrados: por un lado, disfrutaban por adelantado de la fiesta que, en un rato, esperaban montar en Anaco. No era la primera vez que participaban en un velorio festivo, ni tampoco la primera que conducían a una presa hacia su trampa mortal.

Pero, por el otro, albergaban un sentimiento próximo al arrepentimiento, pues nunca antes habían participado en el asesinato de un sacerdote. Sin embargo, pesó en ellos más el espíritu festivo y el par siguió adelante, según lo convenido con Zerpa.

Cuando llegaron a la casa donde se hallaba el fingido moribundo, uno de los hombres estuvo a punto de alertar a fray Nicolás pero, en el último momento, calló.

El sacerdote entró en la vivienda y uno de los dos escoltas cerró la puerta. No quería oír los gritos del padre, ni tampoco las expresiones de alegría de Zerpa.

EL MATÓN Y EL CURA CARA A CARA

Durante varios minutos, los dos hombres no escucharon otro ruido que el de sus corazones, que latían con tanta fuerza como si quisieran escapar de los cuerpos que los contenían.

El tiempo se espesó como un caldo con exceso de grasa y los segundos transcurrieron con tal lentitud que se hubiese podido vivir una existencia completa en cada uno.

La brisa que hasta entonces había refrescado la tarde y la noche se detuvo, tal vez indignada por lo que estaba ocurriendo o quizá porque hasta ella, una manifestación de la naturaleza, estaba en vilo, igual que los dos cómplices de Antonio Zerpa.

Uno de los hombres se acercó a la puerta de la casa, pero igual que un animal que se topa con una marca odorífera en un árbol, retrocedió dos metros antes de llegar a ella.

A Zerpa no le gustaba que se entrometiesen en sus asuntos y menos cuando se trataba de matar a alguien que detestaba. Por ser un hombre cruel, que no se detenía ante el dolor ajeno, hasta sus amigos y allegados le temían.

Aunque apenas transcurrieron unos pocos minutos entre el momento en que fray Nicolás de Odena ingresó a la casa y luego la puerta se abrió, los dos hombres sintieron que, en ese breve lapso, habían envejecido no años sino décadas.

A todo cuanto sentían se sumó el asombro, el mayor asombro de sus vidas, cuando advirtieron que quien salió por la puerta de la casa no fue Antonio Zerpa, sino el párroco del pueblo.

El cura estaba indignado, pero no demostraba miedo. De hecho, no había abierto la puerta para huir sino para encararse con los dos hombres que lo habían llevado hasta allí.

—¡Me trajeron para administrar los santos óleos a un moribundo –les reclamó fray Nicolás–, pero demasiado tarde: el enfermo está muerto!

Durante la espera para llevar adelante su venganza, Antonio Zerpa había sufrido un infarto.

SHABANNA

Un comerciante de Bagdad se casa con la muchacha más bella de la ciudad, pero esta tiene unas costumbres muy raras: duerme todo el día, se niega a comer los exquisitos platos que le sirven y por las noches sale a caminar por el cementerio.

Cuentan que en la muy hermosa ciudad de Bagdad hubo hace siglos un joven comerciante llamado Alí que se consideraba el hombre más afortunado del mundo.

Sin ser adinerado, ni de una familia noble o rica, se había casado con Shabanna, la muchacha más bella y dulce de la región.

Shabanna era tan linda que, cuando Alí estaba en casa, pasaba la mayor parte del tiempo mirándola y admirándola.

Pero esta felicidad le duró poco: a la tercera semana contada desde el momento del matrimonio, la bella joven empezó a comportarse de manera extraña.

Dormía la mayor parte del día y, cuando se levantaba, eludía hablar con las personas a su alrededor. A algunas las veía de un modo anormal, como quien fija su mirada en un plato suculento.

Pero lo más curioso de todo era que no quería comer con su esposo, cuando este llegaba del mercado en la noche. Los alimentos que los sirvientes ponían para ella en la mesa los retiraban intactos, dado que Shabanna no los tocaba.

Cuando Alí le preguntó por qué no quería cenar con él, su esposa le contestó que porque no estaba acostumbrada a comer mucho, pues se había criado en una familia pobre.

UNA INESPERADA SALIDA NOCTURNA

Una noche de esa misma semana, Alí despertó poco después de media noche y descubrió que Shabanna no estaba a su lado.

Lo primero que Alí pensó fue que Shabanna no demoraría mucho y que, de seguro, había ido a tomar agua en la cocina.

Como no regresaba, el joven comerciante se levantó y la buscó por toda la casa, incluso en las habitaciones de la servidumbre, y no la encontró.

Aunque hacía bastante frío y era improbable que hubiera salido, la buscaron por los alrededores y tampoco la hallaron.

Debido a la hora, Alí no quiso ir a casa de su suegro y ver si Shabanna estaba allí. Pero lo pensó mejor y decidió hacerlo tan pronto amaneciera.

En las horas siguientes, la angustia de Alí fue en aumento. Como no podía dormir, el joven comerciante caminaba de un lado a otro de la habitación, al tiempo que sudaba y temblaba ligeramente.

Ya se estaba arreglando para ir a casa de su suegro, puesto que las primeras claridades del día manchaban el cielo con sus tímidos colores, cuando vio venir a su esposa por la calle que conducía a las afueras de Bagdad.

Alí iba a reñirle por su extraña ausencia pero, de repente, pensó que sería mejor que Shabanna tomara la iniciativa de explicarla. Por eso, se metió en la cama y se hizo el dormido.

Shabanna entró sigilosamente en la casa y en la cama y, a los pocos minutos, se entregó al sueño, como si no hubiese pasado nada.

Alí se mantuvo despierto y se levantó minutos después.

Antes de desayunar, estuvo contemplándola y, al verla dormir como quien no tiene el menor remordimiento, comprendió que, si no la confrontaba, ella no hablaría de lo sucedido.

Pensando que tendría que averiguar por sí mismo adónde había ido, ordenó a los sirvientes que no hicieran ningún comentario sobre la salida nocturna de su esposa.

HAMBRE NOCTURNA

Por la noche, Shabanna se negó de nuevo a cenar y otra vez Alí fue el único comensal en la mesa.

Luego, cuando se retiraron a dormir, el comerciante fingió quedarse rendido casi al instante.

Tan pronto lo creyó a bordo del sueño, Shabanna se levantó, buscó con qué abrigarse y salió a la calle.

Alí fue tras ella en silencio y, aunque la noche estaba muy oscura, no la perdió de vista ni una sola vez.

Shabanna caminó a paso rápido hasta las afueras de la ciudad y, cuando su esposo comenzó a preguntarse cuál sería su destino, la vio adentrarse en el cementerio.

Pero esto no fue lo que más desconcertó y desagradó a Alí, sino ver que su mujer se desplazara por el lugar con absoluta naturalidad, como si estuviese en casa.

La joven fue directamente a un lugar donde había una lámpara de aceite encendida y la tomó. Con ella en una de sus manos, se encaminó a una tumba que ya estaba iluminada. En su interior, había varias personas.

Shabanna entró en la tumba y fue recibida por media docena de hombres y mujeres que, en ese preciso momento, se dedicaban a descuartizar a un cadáver enterrado esa misma tarde.

La escena llenó de horror al comerciante que no se explicaba qué hacía allí su esposa.

Pronto lo supo: todos los presentes, incluida Shabanna, se lanzaron sobre el cuerpo desmembrado y cada quien tomó una parte para devorarla.

A Alí se le revolvieron el estómago y el alma, al ver a su amada morder y masticar la carne podrida, al tiempo que –igual que los demás– emitía gruñidos bestiales de satisfacción.

Sin embargo, lo que más miedo le produjo fue notar que, mientras comían, los hombres y mujeres que se hallaban en la tumba fueron perdiendo sus rasgos humanos y transformándose en seres monstruosos y repugnantes.

Las que hasta hacía poco habían sido bocas, con labios y dientes, eran ahora hocicos de los que sobresalían largos colmillos. Los ojos habían enrojecido y parecían girar como torbellinos. Las manos de todos habían dado paso a garras con las que destazaban lo que comían.

Shabanna no era ya la bella esposa de Alí, sino una bestia hambrienta que, igual que un animal carroñero, se complacía en morder, masticar y tragar trozos de carne humana pestilente.

Cuando no soportó más el horrendo espectáculo, Alí abandonó su escondite y corrió a su casa.

INTENTO DE ASESINATO

Horas más tarde, Shabanna regresó bajo su forma humana y se metió en la cama, donde no demoró en dormirse profundamente.

Cuando se hizo de día, Alí se fue a trabajar como de costumbre pero, por la noche, a la hora de la cena, esperó la negativa de su esposa a comer para decirle:

—¡Qué apetito puedes tener si lo que te gusta es la carne de cadáver!

Shabanna se puso pálida y se levantó de la mesa. Cuando se volvió a mirar a Alí, su bello rostro parecía invadido por los rasgos bestiales que mostraba mientras comía en el cementerio.

Alí intuyó entonces que, cuando estuviera en la cama, su mujer trataría de asesinarlo y, para hacerle frente, se llevó un puñal con él.

En efecto, a medianoche, Shabanna salió de la habitación e instantes después retornó para abalanzarse sobre su esposo.

Mostrando una fuerza enorme, la joven mujer trató de inmovilizar al comerciante para morderlo en el cuello. Lo logró a medias pues, aunque le hundió los colmillos, antes de que pudiera sorber algo de sangre, Alí le clavó el puñal en la espalda.

La mujer vampiro dio un grito que estremeció la casa y se apartó de su esposo. Este sangraba bastante pero estaba consciente.

Gruñendo y lanzando maldiciones, Shabanna corrió hacia la puerta, como si buscara salir a la calle, pero apenas alcanzó a abrirla.

Cayó muerta, antes de dar un paso fuera de la casa.

EL CADÁVER ROZAGANTE

Tres días después, también a medianoche, Shabanna se presentó de nuevo en la casa y otra vez intentó matar al que había sido su esposo. Ya no era la bella joven con la que Alí se había casado, sino el ser espantoso del cementerio.

El abatido comerciante estaba en la cama, despierto, porque desde que había ocurrido el episodio del cementerio, sufría de insomnio.

Eso le salvó la vida.

Cuando Shabanna irrumpió en la habitación, lo golpeó y trató de morderlo otra vez en el cuello, pero Alí logró quitársela de encima y tirarla al suelo.

Esto sorprendió a la mujer vampiro que, por un instante, no supo qué hacer. Ese instante lo aprovechó Alí para escapar y llamar a los sirvientes en su auxilio.

El monstruo que ahora era Shabanna huyó por una ventana.

A la mañana siguiente, Alí fue al cementerio con un grupo de amigos y sirvientes, e hizo abrir la tumba de su esposa. El cuerpo de Shabanna estaba rozagante, como si en lugar de estar muerta se hallase dormida.

Luego de cerrar la tumba, el comerciante pidió a sus amigos que lo acompañaran a la casa de su suegro y dejó a uno de ellos vigilando.

El padre de Shabanna guardaba un secreto. Tan pronto vio llegar a su yerno, acompañado de lo que parecía un séquito real, contó a Alí que, muchos años atrás, su hija se había dedicado a estudiar magia, nigromancia y brujería.

Cierto día, invocó a un demonio y, cuando este se presentó, tomó posesión del cuerpo y devoró el espíritu de la joven.

El anciano dijo que el demonio usaba la figura de su hija por el día, pero que por las noches reasumía su forma

repulsiva, mientras se alimentaba de cadáveres o chupaba sangre de seres vivos, humanos o animales.

Tras escuchar este relato, Alí y sus amigos retornaron al cementerio y abrieron otra vez la tumba de Shabanna. Luego y sin pérdida de tiempo, sacaron la caja con el cuerpo y le prendieron fuego.

Al contacto con las llamas, el cadáver abrió los ojos y dio un grito lastimero, pero los hombres que lo rodeaban lo retuvieron entre las llamas, con largas estacas y lanzas.

El vampiro trató de atacar a quienes lo inmovilizaban mientras se quemaba, pero sus apresadores no le dejaron accionar.

El cuerpo de quien una vez fue la más bella joven de Bagdad estuvo retorciéndose durante un rato entre las llamaradas, hasta que el fuego lo consumió y más tarde lo redujo a cenizas.

ÍNDICE

El sacrificado de esta noche	9
Cuentos de terror en el cementerio	19
Boitatá	23
La Casa Matusita	27
Viaje astral de un hechicero	37
Un guía en la neblina	41
El vestido robado	47
Monstruos del mundo	55
La soga india	67
Mordiscos de un ser invisible	73
Traspaso	81
La cafetería	89
Un fantasma en alta mar	95
Las voces del infierno	99
El auto maldito del archiduque	105
Milenario fin del mundo	113
Un falso moribundo	121
Shabanna	127

Mordiscos de un ser invisible
se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Editorial Arte
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1000 ejemplares

MORDISCOS DE UN SER INVISIBLE

Armando José Sequera reescribe en este libro un conjunto de relatos que incluyen desde mitos hasta narraciones y creencias populares contemporáneas. El autor da vida narrativa, con una voz particular y fehaciente, a más de una docena de leyendas, cuyas temáticas fantasmagóricas y de misterio dejan al lector embargado por la duda ante la consistencia de lo real y lleno de escalofriante asombro ante una cotidianidad la más de las veces inaprensible.

Armando José Sequera (Caracas, 1953)

Escritor, periodista, promotor de lectura y productor audiovisual. Ha ganado un importante número de premios, entre ellos Premio Nacional de Literatura "Stefania Mosca", 2019; Premio Nacional de Cultura, 2025. Entre sus libros, la mayoría con varias reediciones y traducciones: *Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta* (1977); *Las ceremonias del poder* (1980); *Fábulas del cambio de rey* (1991); *Vidas inverosímiles* (1994); *Píldoras de dinosaurio* (1998); *Teresa* (2000); *La comedia urbana* (2002); *Funeral para una mosca* (2005); *Vine, vi, reí* (2006); *Passarola* (2008); *Curiosidades históricas en torno al Libertador* (2010); *Tarantela* (2015); *Ciencia a vuelo de pájaro* (2016); *Tallerismo* (2019); *Crónicas de la demencia cotidiana* (2020), *La abuela, Whatsapp y el mar* (2022); *Ciencia para curiosos* (2024).

9 789800 127094